LIBRO dot.com

EL MÁGICO PRODIGIOSO

Pedro Calderón de la Barca



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Personas que hablan en ella:

- **CIPRIANO**
- **DEMONIO**
- **FLORO**
- **LELIO**
- **MOSCÓN, criado**
- **CLARÍN, criado**
- **El GOBERNADOR de Antioquía**
- **LISANDRO, viejo**
- **JUSTINA**
- **LIVIA, criada**
- **FABIO**

PRIMER ACTO

Salen CIPRIANO, vestido de estudiante, y CLARÍN y MOSCÓN, de gorrones, con unos libros

CIPRIANO: En la amena soledad
de aquesta apacible estancia,
bellísimo laberinto
de flores, rosas y plantas,
podéis dejarme, dejando
conmigo--que ellos me bastan
por compañía--los libros
que os mandé sacar de casa;
que yo, en tanto que Antioquía
celebra con fiestas tantas
la fábrica de ese templo
que hoy a Júpiter consagra,
y su traslación, llevando
públicamente su estatua
adonde con más decoro
y honor esté colocada,
huyendo del gran bullicio
que hay en sus calles y plazas,
pasar estudiando quiero
la edad que al día le falta.
Idos los dos a Antioquía,
gozad de sus fiestas varias,
y volved por mí a este sitio
cuando el sol cayendo vaya
a sepultarse en las ondas,
que entre oscuras nubes pardas
al gran cadáver de oro
son monumentos de plata.
Aquí me hallaréis.
MOSCÓN: No, puedo,
aunque tengo mucha gana
de ver las fiestas, dejar
de decir, antes que vaya
a verlas, señor, siquiera
cuatro o cinco mil palabras.
¿Es posible que en un día
de tanto gusto, de tanta
festividad y contento,
con cuatro libros te salgas
al campo solo, volviendo
a su aplauso las espaldas?
CLARÍN: Hace mi señor muy bien;
que no hay cosa más cansada
que un día de procesión
entre cofadres y danzas.
MOSCÓN: En fin, Clarín, y en principio,
viviendo con arte y maña,
eres un temporalazo
lisonjero, pues alabas

lo que hace, y nunca dices
lo que sientes.
CLARÍN: Tú te engañas,
que es el mentís más cortés
que se dice cara a cara;
que yo digo lo que siento.
CIPRIANO: Ya basta, Moscón; ya basta,
Clarín. Que siempre los dos
habéis con vuestra ignorancia
de estar porfiando, y tomando
uno de otro la contraria.
Idos de aquí, y, como digo,
volved aquí cuando caiga
la noche, envolviendo en sombras
esta fábrica gallarda
del universo.
MOSCÓN: ¿Qué va,
que, aunque defendido hayas
que es bueno no ver las fiestas,
que vas a verlas?
CLARÍN: Es clara
consecuencia. Nadie hace
lo que aconseja que hagan
los otros.
MOSCÓN: (Por ver a Livia, **Aparte**
vestirme quisiera de alas.)

Vase MOSCÓN

CLARÍN: (Aunque, si digo verdad, **Aparte**
Livia es la que me arrebata
los sentidos. Pues ya tienes
más de la mitad andada
del camino, llega, Livia,
al "na," y sé, Livia, liviana.)

Vase CLARÍN

CIPRIANO: Ya estoy solo, ya podré,
si tanto mi ingenio alcanza,
estudiar esta cuestión
que me trae suspensa el alma
desde que en Plinio leí
con misteriosas palabras
la difinición de Dios.
Porque mi ingenio no halla
este Dios en quien convengan
misterios ni señas tantas,
esta verdad escondida
he de apurar.

Pónese a leer. Sale el DEMONIO, de galán, y lee CIPRIANO

DEMONIO: (Aunque hagas **Aparte**
más discursos, Ciprïano,

no has de llegar a alcanzarla,
que yo te la esconderé.)
CIPRIANO: Ruido siento en estas ramas.
¿Quién va? ¿Quién es?
DEMONIO: Caballero,
un forastero es, que anda
en este monte perdido
desde toda esta mañana,
tanto que, rendido ya
el caballo, en la esmeralda
que es tapete de estos montes
a un tiempo pace y descansa.
A Antioquía es el camino
a negocios de importancia;
y apartándome de toda
la gente que me acompaña,
divertido en mis cuidados,
caudal que a ninguno falta,
perdí el camino y perdí
crïados y camaradas.
CIPRIANO: Mucho me espanto de que
tan a vista de las altas
torres de Antioquía, así
perdido andéis. No hay, de cuantas
veredas a aqueste monte
o le línean o le pautan,
una que a dar en sus muros,
como en su centro, no vaya.
por cualquiera que toméis
vais bien.
DEMONIO: Ésa es la ignorancia:
a la vista de las ciencias,
no saber aprovecharlas.
Y supuesto que no es bien
que entre yo en ciudad extraña,
donde no soy conocido,
solo y preguntando, hasta
que la noche venza al día,
aquí estaré lo que falta;
que en el traje y en los libros
que os divierten y acompañan
juzgo que debéis de ser
grande estudiante, y el alma
esta inclinación me lleva
de los que en estudios tratan.

Siéntase

CIPRIANO: ¿Habéis estudiado?
DEMONIO: No;
pero sé lo que me basta
para no ser ignorante.
CIPRIANO: Pues ¿qué ciencia sabéis?
DEMONIO: Hartas.
CIPRIANO: Aun estudiándose una
mucho tiempo no se alcanza,
¿y vos--¡grande vanidad!--
sin estudiar sabéis tantas?

DEMONIO: Sí, que de una patria
soy donde las ciencias más altas
sin estudiarse se saben.
CIPRIANO: ¡Oh, quién fuera de esa patria!
Que acá mientras más se estudia,
más se ignora.
DEMONIO: Verdad tanta
es ésta que sin estudios
tuve tan grande arrogancia
que a la cátedra de prima
me opuse, y pensé llevarla,
porque tuve muchos votos;
y, aunque la perdí, me basta
haberlo intentado; que hay
pérdidas con alabanza.
Si no lo queréis creer,
decid qué estudiáis, y vaya
de argumento; que aunque no
sé la opinión que os agrada,
y ella sea la segura,
yo tomaré la contraria.
CIPRIANO: Mucho me huelgo de que
a eso vuestro ingenio salga.
Un lugar de Plinio es
el que me trae con mil ansias
de entenderle, por saber quién
es el dios de quien habla.
DEMONIO: Ése es un lugar que dice
--bien me acuerdo--estas palabras,
"Díos es una bondad suma,
una esencia, una sustancia;
todo vista y todo manos."
CIPRIANO: Es verdad.
DEMONIO: ¿Qué repugnancia
halláis en esto?
CIPRIANO: No hallar
el dios de quien Plinio trata;
que si ha de ser bondad suma,
aun a Júpiter le falta
suma bondad, pues le vemos
que es pecaminoso en tantas
ocasiones: Dánae hable
rendida, Europa robada.
Pues ¿cómo en suma bondad,
cuyas acciones sagradas
habían de ser divinas,
caben pasiones humanas?
DEMONIO: Ésas son falsas historias
en que las letras profanas
con los nombres de los dioses
entendieron disfrazada
la moral filosofía.
CIPRIANO: Esa respuesta no basta,
pues el decoro de Dios
debiera ser tal, que osadas
no llegaran a su nombre
las culpas, aun siendo falsas;
y apurando más el caso,
si suma bondad se llaman

los dioses, siempre es forzoso
que a querer lo mejor vayan;
pues ¿cómo unos quieren uno,
y otros otro? Esto se halla
en las dudosas respuestas
que suelen dar sus estatuas.
Porque no digáis después
que alegué letras profanas...
A dos ejércitos, dos
ídolos una batalla
aseguraron, y el uno
la perdió: ¿no es cosa clara
la consecuencia de que
dos voluntades contrarias
no pueden a un mismo fin ir?
Luego, yendo encontradas,
es fuerza, si la una es buena,
que la otra ha de ser mala.
Mala voluntad en Dios
implica el imaginarla;
luego no hay suma bondad
en ellos, si unión les falta.

DEMONIO: Niego la mayor porqué
aquesas respuestas, dadas
así, convienen a fines
que nuestro ingenio no alcanza,
que es la providencia;
y más debió importar la batalla
al que la perdió el perderla,
que al que la ganó el ganarla.

CIPRIANO: Concedo; pero debiera
aquel dios, pues que no engañan
los dioses, no asegurar
la victoria; que bastaba
la pérdida permitirla
allí, sin asegurarla.
Luego, si Dios todo es vista,
cualquiera dios viera clara
y distintamente el fin;
y al verle, no asegurara
el que no había de ser;
luego, aunque sea deidad tanta,
distinta en personas, debe
en la menor circunstancia
ser una sola en esencia.

DEMONIO: Importó para esa causa
mover así los afectos
con su voz.

CIPRIANO: Cuando importara
el moverlos, genios hay,
que buenos y malos llaman
todos los doctos, que son
unos espíritus que andan
entre nosotros, dictando
las obras buenas y malas,
argumento que asegura
la inmortalidad del alma;
y bien pudiera ese dios,
con ellos, sin que llegara

a mostrar que mentir sabe,
mover afectos.
DEMONIO: Repara
en que esas contrariedades
no implican al ser las sacras
deidades una, supuesto
que en las cosas de importancia
nunca disonaron. Bien
en la fábrica gallarda
del hombre se ve, pues fue
sólo un concepto al obrarla.
CIPRIANO: Luego, si ése fue uno solo,
ése tiene más ventaja
a los otros; y si son
iguales, puesto que hallas
que se pueden oponer
--ésta no puedes negarla--
en algo, al hacer el hombre,
cuando el uno lo intentara,
pudiera decir el otro,
"No quiero yo que se haga."
Luego, si Dios todo es manos,
cuando el uno le crïara,
el otro le deshiciera,
pues eran manos entrambas
iguales en el poder,
desiguales en la instancia.
¿Quién venciera de estos dos?
DEMONIO: Sobre imposibles y falsas
proposiciones no hay
argumento. Di, ¿qué sacas
de eso?
CIPRIANO: Pensar que hay un Dios,
suma bondad, suma gracia,
todo vista, todo manos,
infalible, que no engaña,
superior, que no compite,
Dios a quien ninguno iguala,
un principio sin principio,
una esencia, una sustancia,
un poder y un querer solo;
y cuando como éste haya
una, dos o más personas,
una deidad soberana
ha de ser sola en esencia,
causa de todas las causas.
DEMONIO: ¿Cómo te puedo negar
una evidencia tan clara?

Levántase

CIPRIANO: ¿Tanto lo sentís?
DEMONIO: ¿Quién deja
de sentir que otro le haga
competencia en el ingenio?
Y aunque responder no falta,
dejo de hacerlo, porqué
gente en este monte anda,

y es hora de que prosiga
a la ciudad mi jornada.
CIPRIANO: Id en paz.
DEMONIO: Quedad en paz.
(Pues tanto tu estudio alcanza, **Aparte**
yo haré que el estudio olvides,
suspendido en una rara
beldad. Pues tengo licencia
de perseguir con mi rabia
a Justina, sacaré
de un efeto dos venganzas.)

Vase el DEMONIO

CIPRIANO: No vi hombre tan notable.
Mas pues mis crïados tardan,
volver a repasar quiero
de tanta duda la causa.

Salen LELIO y FLORO

LELIO: No pasemos adelante;
que estas peñas, estas ramas
tan intrincadas que al mismo
sol le defienden la entrada,
sólo pueden ser testigos
de nuestro duelo.
FLORO: La espada
sacad; que aquí son las obras,
si allá fueron las palabras.
LELIO: Ya sé que en el campo muda
la lengua de acero habla
de esta suerte.

Riñen

CIPRIANO: ¿Qué es aquesto?
Lelio, tente; Floro, aparta;
que basta que esté yo en medio,
aunque esté en medio sin armas.
LELIO: ¿De dónde, di, Cipriano,
a embarazar mi venganza
has salido?
FLORO: ¿Eres aborto
de estos troncos y estas ramas?

Salen MOSCÓN y CLARÍN

MOSCÓN: Corre, que con mi señor
han sido las cuchilladas.
CLARÍN: Para acercarme a esas cosas
no suelo yo correr nada;
mas para apartarme, sí.
LOS DOS: Señor...
CIPRIANO: No habléis más palabra.
Pues ¿qué es esto? Dos amigos

que por su sangre y su fama
hoy son de toda Antioquía
los ojos y la esperanza,
uno del gobernador
hijo, y otro de la clara
familia de los Colaltos,
¿así aventuran y arrastran
dos vidas que pueden ser
de tanto honor a su patria?

LELIO: Cipriano, aunque el respeto
que debo por muchas causas
a tu persona, este instante
tiene suspensa mi espada,
no la tienes reducida
a la quietud de la vaina.
Tú sabes de ciencias más
que de duelos, y no alcanzas
que a dos nobles en el campo
no hay respeto que les haga
amigos, pues sólo es medio
morir uno en la demanda.

FLORO: Lo mismo te digo, y ruego
que con tu gente te vayas,
pues que riñendo nos dejas
sin traición y sin ventaja.

CIPRIANO: Aunque os parece que ignoro
por mi profesión las varias
leyes del duelo que estudia
el valor y la arrogancia,
os engañáis; que nací
con obligaciones tantas
como los dos, a saber
qué es honor y qué es infamia;
y no el darme a los estudios
mis alientos acobarda;
que muchas veces se dieron
las manos letras y armas.
Si el haber salido al campo
es del reñir circunstancia,
con haber reñido ya
esa calumnia se salva;
y así, bien podéis decir
de esta pendencia la causa;
que yo, si, habiéndola oído,
reconociere al contarla
que alguno de los dos tiene
algo que se satisfaga,
de dejaros a los dos
solos, os doy la palabra.

LELIO: Pues con esa condición
de que, en sabiendo la causa,
nos has de dejar reñir,
yo me prefiero a contarla.
Yo quiero a una dama bien,
y Floro quiere a esta dama.
¡Mira tú cómo podrás
convenirnos, pues no hay traza
con que dos nobles celosos
den a partido sus ansias!

FLORO: Yo quiero a esta dama, y quiero
que no se atreva a mirarla
ni aun el sol; y pues no hay
medio aquí, y que la palabra
nos has dado de dejarnos
reñir, a un lado te aparta.
CIPRIANO: Esperad, que hay que saber
más. ¿Es esta dama dama
a la esperanza posible,
o imposible a la esperanza?
LELIO: Tan principal es, tan noble,
que si el sol celos causara
a Floro, aun de él no podrá
tenerlos con justa causa,
porque presumo que el sol
aun no se atreve a mirarla.
CIPRIANO: ¿Casáraste tú con ella?
FLORO: Ahí está mi confïanza.
CIPRIANO: ¿Y tú?
LELIO: ¡Plugiera a los cielos
que a tanta dicha llegara!
Que aunque es en extremo pobre,
la virtud por dote basta.
CIPRIANO: Pues si a casaros con ella
aspiráis los dos, ¿no es vana
acción, culpable y indigna,
querer antes disfamarla?
¿Qué dirá el mundo, si alguno
de los dos con ella casa
después de haber muerto al otro
por ella? Que aunque no haya
ocasión para decirlo,
decirlo sin ella basta.
No digo yo que os sufráis
el servirla y festejarla
a un tiempo, porque no quiero
que de mí partido salga
tan cobarde; que el galán
que de sus celos pasara
primero la contingencia,
pasará después la infamia;
pero digo que sepáis
de cuál de los dos se agrada,
y luego...
LELIO: Detente, espera;
que es acción cobarde y baja
ir a que la dama diga
a quién escoge la dama.
Pues ha de escogerme a mí
o a Floro; si a mí, me agrava
más el empeño en que estoy,
pues es otro empeño que haya
quien quiera a la que me quiere.
Si a Floro escoge, la saña
de que a otro quiera quien quiero
es mayor: luego excusada
acción es que ella lo diga,
pues con cualquier circunstancia
hemos en apelación

de volver a las espadas:
el querido por su honor,
y el otro por su venganza.

FLORO: Confieso que esa opinión
recibida es y asentada,
mas con las damas de amores,
que elegir y dejar tratan;
y así hoy pedírsela intento
a su padre. Y pues me basta,
habiendo al campo salido,
haber sacado la espada,
mayormente cuando hay
quien el reñir embaraza,
con satisfacción bastante
la vuelvo, Lelio, a la vaina.

LELIO: En parte me ha convencido
tu razón; y aunque apurarla
pudiera, más quiero hacerme
de su parte, o cierta o falsa.
Hoy la pediré a su padre.

CIPRIANO: Supuesto que aquesta dama
en que los dos la sirváis
ella no aventura nada,
pues que confesáis los dos
su virtud y su constancia,
decidme quién es; que yo,
pues que tengo mano tanta
en la ciudad, por los dos
quiero preferirme a hablarla,
para que esté prevenida
cuando a eso su padre vaya.

LELIO: Dices bien.

CIPRIANO: ¿Quién es?

FLORO: Justina,
de Lisandro hija.

CIPRIANO: Al nombrarla
he conocido cuán pocas
fueron vuestras alabanzas;
que es virtüosa y es noble.
Luego voy a visitarla.

FLORO: El cielo en mi favor mueva
su condición siempre ingrata.

Vase FLORO

LELIO: Corone amor, al nombrarme,
de laurel mis esperanzas.

Vase LELIO

CIPRIANO: ¡Oh, quiera el cielo que estorbe
escándalos y desgracias!

Vase CIPRIANO

MOSCÓN: ¿Ha oído vuesa merced

que nuestro amo va a la casa
de Justina?
CLARÍN: Sí, señor.
¿Qué hay, que vaya o que no vaya?
MOSCÓN: Hay que no tiene que hacer
allá usarced.
CLARÍN: ¿Por qué causa?
MOSCÓN: Porque yo por Livia muero,
que es de Justina crïada,
y no quiero que se atreva
ni el mismo sol a mirarla.
CLARÍN: Basta, que no he de reñir
en ningún tiempo por dama
que ha de ser esposa mía.
MOSCÓN: Aquesa opinión me agrada,
y así es bien que diga ella
quién la obliga o quién la cansa.
Vámonos allá los dos,
y escoja.
CLARÍN: De buena gana,
aunque ha de escogerte temo.
MOSCÓN: ¿Ya tienes de eso confïanza?
CLARÍN: Sí, que escogen lo peor
siempre las Livias ingratas.

Vanse MOSCÓN y CLARÍN. Salen JUSTINA y LISANDRO

JUSTINA: No me puedo consolar
de haber hoy visto, señor,
el torpe, el común error
con que todo ese lugar
templo consagra y altar
a una imagen que no pudo
ser deidad; pues que no dudo
que al fin, si algún testimonio
da de serlo, es el demonio,
que da aliento a un bronce mudo.
LISANDRO: No fueras, bella Justina,
quien eres, si no lloraras,
sintieras y lamentaras
esa tragedia, esa rüina
que la religión divina
de Cristo padece hoy.
JUSTINA: Es cierto, pues al fin soy
hija tuya, y no lo fuera
si llorando no estuviera
ansias que mirando estoy.
LISANDRO: ¡Ay, Justina! No ha nacido
de ser tú mi hija, no,
que no soy tan feliz yo.
Mas--¡ay Dios!--¿cómo he rompido
secreto tan escondido?
Afecto del alma fue.
JUSTINA: ¿Qué dices, señor?
LISANDRO: No sé.
Confuso estoy y turbado.
JUSTINA: Muchas veces te he escuchado

lo que ahora te escuché,
y nunca quise, señor,
a costa de un sufrimiento,
apurar tu sentimiento
ni examinar mi dolor;
pero viendo que es error
que de entenderte no acabe,
aunque sea culpa grave,
que partas, señor, te pido
tu secreto con mi oído,
ya que en tu pecho no cabe.

LISANDRO: Justina, de un gran secreto
el efeto te callé,
la edad que tienes, porqué
siempre he temido el efeto;
mas viéndote ya sujeto
capaz de ver y advertir,
y viéndome a mí que, al ir
con este báculo dando
en la tierra, voy llamando
a las puertas del morir,
no te tengo de dejar
con esta ignorancia, no,
porque no cumpliera yo
mi obligación con callar:
y así, atiende a mi pesar
tu placer.

JUSTINA: Conmigo lucha
un temor.

LISANDRO: Mi pena es mucha,
pero esto es ley y razón.

JUSTINA: Señor, de esta confusión
me rescata.

LISANDRO: Pues escucha.

Yo soy, hermosa Justina,
Lisandro... No de que empiece
desde mi nombre te admires;
que aunque ya sabes que es éste,
por lo que se sigue al nombre
es justo que te le acuerde,
pues de mí no sabes más
que mi nombre solamente.
Lisandro soy, natural
de aquella ciudad que en siete
montes es hidra de piedra,
pues siete cabezas tiene; de
aquella que es silla hoy
del romano imperio--¡oh, llegue
del cristiano a serlo, pues
Roma sólo lo merece!--.
En ella nací de humildes
padres, si es que nombre adquieres
de humildes los que dejaron
tantas virtudes por bienes.
Cristianos nacieron ambos,
venturosos descendientes
de algunos que con su sangre

rubricaron felizmente
las fatigas de la vida
con los triunfos de la muerte.
En la religión cristiana
crecí industriado, de suerte
que en su defensa daré
la vida una y muchas veces.
Joven era, cuando a Roma
llegó encubierto el prudente
Alejandro, papa nuestro,
que la apostólica sede
gobernaba, sin tener
donde tenerla pudiese;
que como la tiranía
de los gentiles crüeles
su sed apaga con sangre
de la que a mártires vierte,
hoy la primitiva iglesia
ocultos sus hijos tiene;
no porque el morir rehusan,
no porque el martirio temen,
sino porque de una vez
no acabe el rigor rebelde
con todos, y, destrüida
la iglesia, en ella no quede
quien catequice al gentil,
quien le predique y le enseñe.
A Roma, pues, Alejandro llegó;
y yendo oculto a verle,
recibí su bendición,
y de su mano clemente
todos los órdenes sacros,
a cuya dignidad tiene
envidia el ángel, pues sólo
el hombre serlo merece.
Mandóme Alejandro, pues,
que a Antioquía me partiese
a predicar de secreto
la ley de Cristo. Obediente,
peregrinando a merced
de tantas diversas gentes,
a Antioquía vine; y cuando
desde aquesos eminentes
montes llegué a descubrir
sus dorados chapiteles,
el sol me faltó, y, llevando
tras sí el día, por hacerme
compañía, me dejó
a que le sostituyesen
las estrellas, como en prendas
de que presto vendría a verme.
Con el sol perdí el camino,
y, vagando tristemente
en lo intrincado del monte,
me hallé en un oculto albergue,
donde los trémulos rayos
de tanta antorcha viviente,
aun no se dejaban ya
ver, porque confusamente

servían de nubes pardas
las que fueron hojas verdes.
Aquí, dispuesto a esperar
que otra vez el sol saliese,
dando a la imaginación
la jurisdicción que tiene,
con las soledades hice
mil discursos diferentes.
De esta suerte, pues, estaba,
cuando de un suspiro leve
el eco mal informado
la mitad al dueño vuelve.
Retruje al oído todos
mis sentidos juntamente,
y volví a oir más distinto
aquel aliento y más débil,
mudo idioma de los tristes,
pues con él solo se entienden.
De mujer era el gemido,
a cuyo aliento sucede
la voz de un hombre, que a media
voz decía de esta suerte,
"Primer mancha de la sangre
más noble, a mis manos muere,
antes que a morir a manos
de infames verdugos llegues."
La infeliz mujer decía
en medias razones breves,
"Duélete tú de tu sangre,
ya que de mí no te dueles."
Llegar pretendí yo entonces
a estorbar rigor tan fuerte;
mas no pude, porque al punto
las voces se desvanecen,
y vi al hombre en un caballo,
que entre los troncos se pierde.
Imán fue de mi piedad
la voz, que ya balbuciente
y desmayada decía,
gimiendo y llorando a veces,
"Mártir muero, pues que muero
por cristiana e inocente."
Y siguiendo de la voz
el norte, en espacio breve
llegué donde una mujer,
que apenas dejaba verse,
estaba a brazo partido
luchando ya con la muerte.
Apenas me sintió cuando
dijo, esforzándose, "Vuelve,
sangriento homicida mío,
ni aun este instante me dejes
de vida." "No soy," le dije,
"sino quien acaso viene,
quizá del cielo guïado,
a valeros en tan fuerte
ocasión." "Ya que imposible
es," dijo, "el favor que ofrece
vuestra piedad a mi vida,

pues que por puntos fallece,
lógrese en ese infelice
en quien hoy el cielo quiere,
naciendo de mi sepulcro,
que mis desdichas herede."
Y espirando, vi...

Sale LIVIA

LIVIA: Señor,
el mercader a quien debes
aquel dinero a buscarte
ahí con la justicia viene.
Que no estás en casa dije.
Por esotra puerta vete.

JUSTINA: ¡Cuánto siento que a estorbarte
en aquesta ocasión llegue,
que estaba a tu relación
vida, alma y razón pendientes!
Mas vete ahora, señor.
la justicia no te encuentre.
LISANDRO: ¡Ay de mí! ¡Qué de desaires
la necesidad padece!

Vase LISANDRO

JUSTINA: Sin duda entran hasta aquí,
porque siento ahí fuera gente.
LIVIA: No son ellos; Ciprïano
es.
JUSTINA: Pues ¿qué es lo que pretende
Ciprïano aquí?

Salen CIPRIANO, CLARÍN y MOSCÓN

CIPRIANO: Serviros,
oh señora, solamente.
Viendo salir la justicia
de vuestra casa, se atreve
a entrar aquí mi amistad,
por la que a Lisandro debe,
a sólo saber...(¡Turbado **Aparte**
estoy!)... si acaso... (Qué fuerte **Aparte**
hielo discurre mis venas!)
en algo serviros puede
mi deseo. (¡Qué mal dije! **Aparte**
Que no es hielo, fuego es éste.)
JUSTINA: Guárdeos el cielo mil años;
que en mayores intereses
habéis de honrar a mi padre
con vuestros favores.
CIPRIANO: Siempre
estaré para serviros.
(¿Qué me turba y enmudece?) **Aparte**

JUSTINA: Él ahora no está en casa.
CIPRIANO: Luego bien, señora, puede
mi voz decir la ocasión
que aquí me trae claramente;
que no es la que habéis oído
sola la que a entrar me mueve
a veros.
JUSTINA: Pues ¿qué mandáis?
CIPRIANO: Que me oigáis. Yo seré breve.

Hermosísima Justina,
en quien hoy ostenta ufana
la naturaleza humana
tantas señas de divina:
vuestra quietud determina
hallar mi deseo este día;
pero ved que es tiranía,
como el efeto lo muestra,
que os dé yo la quietud vuestra,
y vos me quitéis la mía.
Lelio, de su amor movido...
(¡No vi amor más disculpado!) **Aparte**
...Floro, de su amor llevado...
(¡No vi error más permitido!) **Aparte**
...el uno y otro han querido
por vos matarse los dos;
por vos lo he estorbado--¡ay Dios!--
pero ved que es error fuerte
que yo quite a otros la muerte
para que me la deis vos.
Por excusar el que hubiera
escándalo en el lugar,
de su parte os vengo a hablar,
(¡oh nunca a hablaros viniera!) **Aparte**
porque vuestra elección fuera
árbitro de sus recelos
y jüez de sus desvelos;
pero ved que es gran rigor
que yo componga su amor
y vos dispongáis mis celos.
Hablaros, pues, ofrecí,
señora, para que vos
escogierais de los dos
cuál queréis...(¡infeliz fui!) **Aparte**
que a vuestro padre...(¡ay de mí!) **Aparte**
os pida. Aquesto pretendo;
pero ved... (¡yo estoy muriendo!) **Aparte**
que es injusto...(¡estoy temblando!) **Aparte**
...que esté por ellos hablando
y que esté por mí sintiendo.
JUSTINA: De tal manera he extrañado
vuestra vil proposición
que el discurso y la razón
en un punto me han faltado.
Ni a Floro ocasión he dado,
ni a Lelio, para que así
vos os atreváis aquí:
y bien pudiérades vos

escarmentar en los dos
del rigor que vive en mí.
CIPRIANO: Si yo, por haber querido
vos a alguno, pretendiera
vuestro favor, mi amor fuera
necio, infame y mal nacido.
Antes por haber vos sido
firme roca a tantos mares,
os quiero, y en los pesares
no escarmiento de los dos;
que yo no quiero que vos
me queráis por ejemplares.
¿Qué diré a Lelio?
JUSTINA: Que crea
los costosos desengaños
de un amor de tantos años.
CIPRIANO: ¿Y a Floro?
JUSTINA: Que no me vea.
CIPRIANO: ¿Y a mí?
JUSTINA: Que osado no sea
vuestro amor.
CIPRIANO: ¿Cómo, si es dios?
JUSTINA: ¿Será más dios para vos
que para los dos lo ha sido?
CIPRIANO: Sí.
JUSTINA: Pues ya yo he respondido
a Lelio, a Floro y a vos.

Vanse CIPRIANO y JUSTINA, cada uno por su puerta

CLARÍN: Señora Livia.
MOSCÓN: Señora
Livia.
CLARÍN: Aquí estamos los dos.
LIVIA: Pues ¿qué queréis vos? Y vos
¿qué queréis?
CLARÍN: Que usted ahora,
por si por dicha lo ignora,
sepa que bien la queremos.
Para matarnos nos vemos;
pero atentos a no dar
escándalo en el lugar,
que uno escoja pretendemos.
LIVIA: Es tan grande el sentimiento
de que así me hayáis hablado
que mi dolor me ha dejado
sin razón ni entendimiento.
¡Qué uno escoja! ¿Hay sufrimiento
en lance tan importuno?
¡Uno yo! ¿Pues oportuno
no es para tener--¡ay Dios!--
este ingenio a un tiempo dos?
¿Qué queréis que escoja uno?
CLARÍN: ¿Dos a un tiempo, cómo quieres?
¿No te embarazarán dos?
LIVIA: No, que de dos en dos los
digerimos las mujeres.

MOSCÓN: ¿De qué suerte te prefieres
a eso?
LIVIA: ¡Qué necia porfía!
Queriéndós la lealtad mía
MOSCÓN: ¿Cómo?
LIVIA: *Alternative.*
CLARÍN: Pues
¿qué es *alternative*?
LIVIA: Es
querer a cada uno un día.

Vase LIVIA

MOSCÓN: Pues yo escojo este primero.
CLARÍN: Mayor será el de mañana;
yo le doy de buena gana.
MOSCÓN: Livia, en fin, por quien yo muero,
hoy me quiere y hoy la quiero.
Bien es que tal dicha goce.
CLARÍN: Oye usted, ya me conoce.
MOSCÓN: ¿Por qué lo dice? Concluya.
CLARÍN: Porque sepa que no es suya,
en dando que den las doce.

Vanse MOSCÓN y CLARÍN. Salen FLORO: y LELIO, de noche, cada uno por su puerta

LELIO: (Apenas la escura noche **Aparte**
extendió su manto negro
cuando yo a adorar la esfera
de aquestos umbrales vengo;
que aunque hoy por Ciprïano
tengo suspenso el acero,
no el afecto; que no pueden
suspenderse los afectos.)
FLORO: (Aquí me ha de hallar el alba; **Aparte**
que en otra parte violento
estoy, porque, en fin, en otra
estoy fuera de mi centro.
¡Quiera Amor que llegue el día
y la respuesta que espero
con Ciprïano, tocando
o la ventura o el riesgo!)
LELIO: (Ruido en aquella ventana **Aparte**
he sentido.)
FLORO: (Ruido han hecho **Aparte**
en aquel balcón.)

Sale el DEMONIO al balcón

LELIO: (Un bulto **Aparte**
sale de ella, a lo que puedo
distinguir.)
FLORO: (Gente se asoma **Aparte**
a él, que entre sombras veo.)
DEMONIO: (Para las persecuciones **Aparte**

que hacer en Justina intento
a disfamar su virtud
de esta manera me atrevo.)

Baja el DEMONIO por una escala

LELIO: (Mas ¡ay infeliz! ¡Qué miro!) **Aparte**
FLORO: (Pero ¡ay infeliz! ¡Qué veo!) **Aparte**
LELIO: (El negro bulto se arroja **Aparte**
ya desde el balcón al suelo.)
FLORO: (Un hombre es, que de su casa **Aparte**
sale. No me matéis, celos,
hasta que sepa quién es.)
LELIO: (Reconocerle pretendo, **Aparte**
y averiguar de una vez
quién logra el bien que yo pierdo.)

Llegan el uno al otro con las espadas desnudas, y al llegar se hunde el DEMONIO, y quedan los dos afirmados

DEMONIO (No sólo he de conseguir **Aparte**
hoy de Justina el desprecio,
sino rencores y muertes.
Ya llegan: ábrase el centro,
dejando esta confusión
a sus ojos.)

Húndese ahora

LELIO: Caballero,
quienquiera que seáis, a mí
me ha importado conoceros;
y a todo trance restado
con esta demanda vengo.
Decid quién sois.
FLORO: Si os obliga
a tan valiente despecho
saber en quién ha caido
vuestro amoroso secreto,
más que el conocerme a vos
me importa a mí el conoceros;
que en vos es curiosidad,
y en mí es más, porque son celos.
¡Vive Dios, que he de saber
quién es de la casa dueño,
y quién a estas horas gana,
por ese balcón saliendo,
lo que yo pierdo llorando
a estas rejas!
LELIO: ¡Bueno es eso,
querer deslumbrar ahora
la luz de mis sentimientos,
atribuyéndome a mí
delito que sólo es vuestro!
Quién sois tengo de saber,

y dar muerte a quien me ha muerto
de celos, saliendo ahora
por ese balcón.
FLORO: ¡Qué necio
recato, encubrirse cuando
está el amor descubierto!
LELIO: En vano la lengua apura
lo que mejor el acero
hará.
FLORO: Con él os respondo.
LELIO: Quién ha sido, saber tengo,
hoy el admitido amante
de Justina.
FLORO: Ése es mi intento.
Moriré, o sabré quién sois.

Salen CIPRIANO, MOSCÓN y CLARÍN

CIPRIANO: Caballeros, deteneos,
si a aquesto puede obligaros
haber llegado a este tiempo.
FLORO: Nada me puede obligar
a que deje el fin que intento.
CIPRIANO: ¿Floro?
FLORO: Sí, que con la espada
en la mano, nunca niego
mi nombre.
CIPRIANO: A tu lado estoy;
muera quien te ofende.
LELIO: Menos
que temer me daréis todos
que él me daba solo.
CIPRIANO: ¿Lelio?
LELIO: Sí.

A FLORO

CIPRIANO: Ya no estoy a tu lado,
porque es fuerza estar en medio.
¿Qué es esto? ¡En un día dos veces
he de hallarme a componeros!
LELIO: Ésta la última será,
porque ya estamos compuestos;
que con haber conocido
quién es de Justina dueño,
no le queda a mi esperanza
ni aun el menor pensamiento.
Si no has hablado a Justina,
que no la hables te ruego
de parte de mis agravios
y mis desdichas, habiendo
visto que Floro merece
sus favores en secreto.
De ese balcón ha bajado
de gozar el bien que pierdo;
y no es mi amor tan infame
que haya de querer, atento

a celos averiguados,
con desengaños tan ciertos.

Vase LELIO

FLORO: Espera.
CIPRIANO: No has de seguirle...
(De haberle oído estoy muerto) **Aparte**
que si es él el que ha perdido
...lo que has ganado, y dispuesto
a olvidar está, no es bien
apurar su sufrimiento.
FLORO: Tú y él apuráis el mío
con estas cosas a un tiempo;
y así a Justina no hables
por mí; que aunque yo pretendo
a costa de mis agravios
vengarme de sus desprecios,
ya la esperanza de ser
suyo cesó, porque creo
que no es noble el que porfía
sobre averiguados celos.

Vase FLORO

CIPRIANO: (¿Qué es esto, cielos? ¿Qué escucho?
¿El uno del otro a un tiempo
unos mismos celos tienen,
y yo de uno y otro los tengo?
Los dos sin duda padecen
algún engaño, y yo tengo
que agradecerle, pues ya
los dos desisten en esto
de su pretensión. Desdichas,
aunque haya sido consuelo
este discurso, buscado
de mis ansias, le agradezco.)
Moscón, prevenme mañana
galas; Clarín, tráeme luego
espada y plumas; que amor
se regala en el objeto
airoso y lucido; y ya
ni libros ni estudios quiero,
porque digan que es amor
homicida del ingenio.

Vanse todos

SEGUNDO ACTO

Salen CIPRIANO, MOSCÓN y CLARÍN, vestidos de galanes

CIPRIANO: (Altos pensamientos míos, **Aparte**
¿dónde, dónde me traéis,
si ya por cierto tenéis
que son locos desvaríos
los que intentáis,
pues, atreviéndoos al cielo,
precipitados de un vuelo
hasta el abismo bajáis?
Vi a Justina... ¡A Dios pluguiera
que nunca viera a Justina,
ni en su perfección divina
la luz de la cuarta esfera!
Dos amantes la pretenden,
uno del otro ofendido;
y yo, a dos celos rendido,
aun no sé los que me ofenden:
sólo sé que mis recelos
me despeñan con sus furias
de un desdén a las injurias,
de un agravio a los desvelos.
Todo lo demás ignoro,
y en tan abrasado empeño,
cielos, Justina es mi dueño,
cielos, a Justina adoro.)
Moscón.
MOSCÓN: Señor.
CIPRIANO: Ve si está
Lisandro en casa.

MOSCÓN: Es razón.
CLARÍN: No es; yo iré, porque Moscón
hoy no puede entrar allá.
CIPRIANO: ¡Oh qué cansada porfía
siempre la de los dos fue!
¿Por qué no puede? ¿Por qué?
CLARÍN: Porque hoy, señor, no es su día
mío sí, y de buena gana
a dar el recado voy;
que yo allá puedo entrar hoy,
y Moscón no, hasta mañana.
CIPRIANO: ¿Qué nueva locura es ésta,
añadida al porfïar?
Ni tú ni él habéis de entrar
ya, pues su luz manifiesta
Justina.
CLARÍN: De fuera viene.
hacia su casa.

Salen LIVIA y JUSTINA, con mantos, por una puerta

JUSTINA: ¡Ay de mí!
Livia, Cipriano está aquí.
CIPRIANO: (Disimular me conviene **Aparte**
de mis celos los desvelos,
hasta apurarlos mejor.
Sólo la hablaré en mi amor,
si lo permiten mis celos.)
No en vano, señora, ha sido
haber el traje mudado,
para que, como crïado,
pueda, a vuestros pies rendido,
serviros. A mereceros
esto lleguen mis suspiros.
dad licencia de serviros,
pues no la dais de quereros.
JUSTINA: Poco, señor, han podido
mis desengaños con vos,
pues no han podido...
CIPRIANO: ¡Ay Dios!
JUSTINA: ... mereceros un olvido.
¿De qué manera queréis
que os diga cuánto es en vano
la asistencia, Ciprïano,
que a mis umbrales tenéis?
Si días, si meses, si años,
si siglos a ellos estáis,
no esperéis que a ellos oigáis
sino sólo desengaños,
porque es mi rigor de suerte,
de suerte mis males fieros,
que es imposible quereros,
Ciprïano, hasta la muerte.

Vase JUSTINA

CIPRIANO: La esperanza que me dais
ya dichoso puede hacerme.
si en muerte habéis de quererme,
muy corto plazo tomáis.
Yo le acepto, y si a advertir
llegáis cuán presto ha de ser,
empezad vos a querer,
que yo ya empiezo a morir.
CLARÍN: En tanto que mi señor,
Livia, triste y discursivo,
está de esqueleto vivo
desengañando a su amor,
dame los brazos.
LIVIA: Paciencia
ten, mientras que considero
si es tu día; que no quiero
encargar yo mi conciencia.
Martes sí, miércoles no
CLARÍN: ¿Qué cuentas, pues ha callado
Moscón?
LIVIA: Puede haberse errado,
y no quiero errarme yo;
porque no quiero, si arguyo
que justicia he de guardar,
condenarme por no dar
a cada uno lo que es suyo.
Pero bien dices, tu día
es hoy.
CLARÍN: Pues dame los brazos.
LIVIA: Con mil amorosos lazos.
MOSCÓN: ¿Oye usarcé, reina mía?
Bien ve usarcé, con la gana
que hoy aquesos lazos hace.
Dígolo porque me abrace
con la misma a mí mañana.
LIVIA: Excusada es la sospecha
de que a usted no satisfaga,
ni quiera Júpiter que haga
yo una cosa tan mal hecha
como usar de demasía
con nadie. Yo abrazaré
con mucha equidad a usté
cuando le toque su día.

Vase LIVIA

CLARÍN: Por lo menos, no he de vello
yo.
MOSCÓN: Pues eso ¿qué ha importado?
¿Puede a mí haberme agraviado
jamás, si reparo en ello,
una moza que no es mía?
CLARÍN: No.
MOSCÓN: Luego yo bien porfío
que no ha sido en daño mío
lo que no ha sido en mi día.
Mas ¿qué hace nuestro amo allí
tan suspenso?

CLARÍN: Por si a hablar
llega algo, quiero escuchar.
MOSCÓN: Y yo también.
CIPRIANO: ¡Ay de mí!

Al irse acercando cada uno por su lado, CIPRIANO con la acción da a entrambos

¡Que tanto, Amor, desconfíes!
CLARÍN: ¡Ay de mí!
MOSCÓN: ¡Ay de mí! también.
CLARÍN: Llamar a este sitio es bien
la Isla de los Ay-de-míes.
CIPRIANO: ¿Aquí estábades los dos?
CLARÍN: Yo bien juraré que estaba.
MOSCÓN: Yo y todo.
CIPRIANO: Desdicha, acaba
de una vez conmigo. ¡Ay Dios!
¿Viose en tan nuevos extremos
el humano corazón?
CLARÍN: ¿Adónde vamos, Moscón?
MOSCÓN: En llegando lo sabremos.
Pero fuera del lugar
camina.
CLARÍN: Excusado es
salir al campo, pues
no tenemos que estudiar.
CIPRIANO: Clarín, vete a casa.
MOSCÓN: ¿Y yo?
CLARÍN: ¿Tú te habías de quedar?
CIPRIANO: Los dos me habéis de dejar.
CLARÍN: A entrambos nos lo mandó.

Vanse CLARÍN y MOSCÓN

CIPRIANO: Confusa memoria mía,
no tan poderosa estés
que me persüadas que es
otra alma la que me guía.
Idólatra me cegué,
ambicioso me perdí,
porque una hermosura vi,
porque una deidad miré;
y entre confusos desvelos
de un equívoco rigor
conozco a quien tengo amor,
y no de quien tengo celos.
Ya tanto aquesta pasión
arrastra mi pensamiento,
tanto--¡ay de mí!--este tormento
lleva mi imaginación
que diera--despecho es loco,
indigno de un noble ingenio--
al más diabólico genio
--harto al infierno provoco--
ya rendido, y ya sujeto
a penar y padecer,

por gozar a esta mujer
diera el alma.

Dentro

DEMONIO: Yo la aceto.

Suena ruido de truenos como tempestad y rayos

CIPRIANO: ¿Qué es ésto, cielos puros?
¡Claros a un tiempo, y en el mismo oscuros!
Dando al día desmayos,
los truenos, los relámpagos y rayos
abortan de su centro
los asombros que ya no caben dentro.
De nubes todo el cielo se corona,
y, preñado de horrores, no perdona
el rizado copete de este monte.
Todo nuestro horizonte
es ardiente pincel del Mongibelo,
niebla el sol, humo el aire, fuego el cielo.
¡Tanto ha que te dejé, filosofía,
que ignoro los efectos de este día!
Hasta el mar sobre nubes se imagina
desesperada rüina,
pues, crespo sobre el viento en leves plumas,
le pasa por pavesas las espumas.
Naufragando, una nave
en todo el mar parece que no cabe;
pues el amparo más seguro y cierto
es cuando huye la piedad del puerto.
El clamor, el asombro y el gemido
fatal presagio han sido
de la muerte que espera; y lo que tarda
es porque esté muriendo lo que aguarda.
Y aun en ella también vienen portentos;
no son todos de cielos y elementos.
El bajel, prodigiosa maravilla,
desde el tope a la quilla
todo negro, su máquina sustenta,
si no es que se vistió de su tormenta.
A chocar en la tierra
viene. Ya no es del mar sólo la guerra,
pues la que se le ofrece,
un peñasco le arrima en que tropiece,
porque la espuma en sangre se salpique.

Dentro TODOS

TODOS: Que nos vamos a pique.
DEMONIO: En una tabla quiero
salir a tierra, para el fin que espero.
CIPRIANO: Porque su horror se asombre,
burlando su poder, escapa un hombre,
y el bajel, que en las ondas ya se ofusca,

el camarín de los tritones busca,
y en crespo remolino,
es cadáver del mar, cascado el pino.

Sale el DEMONIO, mojado, como que sale del mar

DEMONIO: (Para el prodigio que intento, **Aparte**
hoy me ha importado fingir
sobre campos de zafir
este espantoso portento;
y en forma desconocida
de la que otra vez me vio,
cuando en este monte yo
miré mi ciencia excedida,
vengo a hacerle nueva guerra,
valiéndome así mejor
de su ingenio y de su amor.)
Dulce madre, amada tierra,
dame amparo contra aquel
monstruo que de sí me arroja.
CIPRIANO: Pierde, amigo, la congoja
y la memoria crüel
de tu reciente fortuna,
viendo en tu mayor trabajo
que no hay firme bien debajo
de los cercos de la luna.
DEMONIO: ¿Quién eres tú, a cuyas plantas
mí fortuna me ha traído?
CIPRIANO: Quien, de la piedad movido
de ruinas y penas tantas,
serte de alivio quisiera.
DEMONIO: Imposible vendrá a ser;
que no le puedo tener
yo jamás.
CIPRIANO: ¿De qué manera?
DEMONIO: Todo mi bien he perdido,
pero sin razón me quejo,
pues ya con la vida dejo
mis memorias al olvido.
CIPRIANO: Ya que de aquel torbellino
el terremoto cesó,
y el cielo a su paz volvió,
manso, quieto y cristalino,
con tal priesa que su grave
enojo nos da a entender
que sólo debió de ser
hasta consumir tu nave,
dime quién eres, siquiera
por la piedad que me das.
DEMONIO: Más de lo que has visto y más
de lo que decir pudiera
me cuesta el llegar aquí;
que es mi fortuna crüel.
La menor es del bajel.
¿Quieres ver si es cierto?
CIPRIANO: Sí.

DEMONIO: Yo soy, pues saberlo quieres,
un epílogo, un asombro
de venturas y desdichas,
que unas pierdo y otras lloro.
Tan galán fui por mis partes,
por mi lustre tan heroico,
tan noble por mi linaje
y por mi ingenio tan docto,
que, aficionado a mis prendas
un rey, el mayor de todos
--puesto que todos le temen,
si le ven airado el rostro--
en su palacio cubierto
de diamantes y piropos
--y aun si los llamase estrellas
fuera el hipérbole corto--
me llamó valido suyo,
cuyo aplauso generoso
me dio tan grande soberbia
que competí al regio solio,
quiriendo poner las plantas
sobre sus dorados tronos.
Fue bárbaro atrevimiento:
castigado lo conozco.
Loco anduve; pero fuera,
arrepentido, más loco.
Más quiero en mi obstinación
con mis alientos brïosos
despeñarme de bizarro
que rendirme de medroso.
Si fueron temeridades,
no me vi en ellas tan solo
que de sus mismos vasallos
no tuviese muchos votos.
De su corte, en fin, vencido,
aunque en parte vitorioso,
salí arrojando venenos
por la boca y por los ojos,
y pregonando venganzas,
por ser mi agravio notorio,
logrando en las gentes suyas
insultos, muertes y robos.
Los anchos campos del mar
sangriento pirata corro,
Argos ya de sus bajíos,
y lince de sus escollos.
En aquel bajel que el viento
desvaneció en leves soplos,
en aquel bajel que el mar
convirtió en ruina sin polvo,
esas campañas de vidro
hoy corría codicioso,
hasta examinar un monte
piedra a piedra y tronco a tronco;
porque en él un hombre vive,
y a buscarle me dispongo,
a que cumpla una palabra
que él me ha dado y yo le otorgo.
Embistióme esta tormenta;

Librodot

y aunque pudo prodigioso
mi ingenio enfrenar a un tiempo
al euro, al cierzo y al noto,
no quise desesperado,
por otras causas, por otros
fines, convertirlos hoy
en regalados favonios.
Que pude, dije, y no quise.
(Aquí de su ingenio noto **Aparte**
los riesgos, puesto que así
de mágicas le aficiono.)
No te espantes del despecho,
ni del prodigio tampoco,
de aquél, porque yo con iras
me diera muerte a mí propio;
ni de éste, porque con ciencias
daré al sol pálido asombro.
Soy, en la magia que alcanzo,
el registro poderoso
de esos orbes. Línea a línea
los he discurrido todos.
Y porque no te parezca
que sin ocasión blasono,
mira si a este mismo instante
quieres que lo inculto y tosco
de este Nembrot de peñascos,
más bruto que el babilonio,
te facilite lo horrible,
sin que pierda lo frondoso.
Éste soy, huérfano huésped
de estos fresnos, de estos chopos;
y aunque éste soy, a tus plantas
quiero pedirte socorro;
y quiero, en el que me dieres,
librarte el bien que te compro
con el afán de mi estudio,
que en experiencias abono,
trayéndote a tu albedrío...
(Aquí en el amor le toco) **Aparte**
...cuanto te pida el deseo
más avaro y codicioso.
Y en tanto que no le aceptes,
ya de cortés, ya de corto,
págate de los deseos,
sí es que en ti no los malogro;
que por la piedad que muestras,
que agradezco y que conozco,
seré tu amigo tan firme
que ni el repetido monstruo
de sucesos, la Fortuna,
que entre baldones y elogios,
próspera y adversa, muestra
lo avaro y lo generoso,
ni en su continua tarea,
corriendo y volando a tornos,
el tiempo, imán de los siglos,
ni el cielo, ni el cielo proprio,
a cuyos astros el mundo
debe el bellísimo adorno,

tendrán poder de apartarme
de tu lado un punto solo,
como aquí me des amparo;
y aun todo aquesto es muy poco
para lo que yo intereso,
si mis pensamientos logro.

CIPRIANO: Puedo decir que al mar albricias pido
de que te hayas perdido,
y a este monte llegaras,
donde verás bien claras
muestras de la amistad que ya te ofrezco
si feliz por mi huésped te merezco.
Y así vente conmigo;
que he de estimarte por seguro amigo.
Mi huésped has de ser mientras quisieres
servirte de mi casa.
DEMONIO: ¿Ya me adquieres
por tuyo?
CIPRIANO: Con los brazos
firme nuestra amistad eternos lazos.
(¡Oh si a alcanzar llegase **Aparte**
que aqueste hombre la magia me enseñase!
Pues con ella quizá mi amor podría
en parte divertir la pena mía;
o podría mí amor quizá con ella
en todo conseguir la causa bella
de mi rabia, mi furia y mi tormento.)
DEMONIO: (Ya al ingenio y amor le miro atento.) **Aparte**

Salen CLARÍN y MOSCÓN, cada uno por su puerta, corriendo

CLARÍN: ¿Estás vivo, señor?
MOSCÓN: ¿Civilidades
gastas por novedades
Claro está, pues le miras, que está vivo.
CLARÍN: He usado de este modo admirativo
para ponderación, noble lacayo,
del milagro que fue no darle un rayo
de tantos como vio aquesta montaña.
MOSCÓN: Pues el mirarle ¿no te desengaña?
CIPRIANO: Éstos son mis crïados.
¿A qué volvéis?
MOSCÓN: A darte más enfados.
DEMONIO: Tienen alegre humor.
CIPRIANO: A mí me tienen
cansado, porque siempre necios vienen.
MOSCÓN: ¿Quién es aqueste hombre,
señor?
CIPRIANO: Un huésped mío, no os asombre.
CLARÍN: ¿Para qué quieres huéspedes ahora?
CIPRIANO: Lo que merece tu valor ignora.

Aparte MOSCÓN y CLARÍN

MOSCÓN: Mi señor hace bien. ¿Has de heredalle?

CLARÍN: No; pero tiene talle
el tal huésped, si acaso no me engaño,
de estarse en casa un año y otro año.
MOSCÓN: ¿De qué lo infieres?
CLARÍN: Cuando apriesa pasa
un huésped, decir suelen, "No hará en casa
mucho humo." Y de aquéste...
MOSCÓN: Di.
CLARÍN: ...presumo...
MOSCÓN: ¿Qué?
CLARÍN: ...que ha de hacer en casa mucho humo.
CIPRIANO: ¿Para qué te repares?
Vente conmigo.
DEMONIO: Voy a obedecerte.
CIPRIANO: Tu descanso procuro.

Vase CIPRIANO

DEMONIO: (Yo tu muerte. **Aparte**
Y pues ya he conseguido
el mirarme en tu casa introducido,
ir a alterar mi saña determina
de otra suerte también la de Justina.)

Vase el DEMONIO

CLARÍN: ¿No sabes qué he pensado?
MOSCÓN: ¿Qué?
CLARÍN: Que aquel terremoto ha reventado
algún volcán, que mucho azufre he olido.
MOSCÓN: Que es el huésped a mí me ha parecido.
CLARÍN: Malas pastillas gasta. Mas ya infiero
la causa.
MOSCÓN: ¿Qué es?
CLARÍN: El pobre caballero
debe de tener sarna, y hase untado
con ungüente de azufre.
MOSCÓN: En ello has dado.

Vanse CLARÍN y MOSCÓN. Salen LELIO y FABIO, criado

FABIO: En fin, ¿vuelves a esta calle?
LELIO: La vida en ella perdí,
y vuelvo a buscarla aquí:
quiera Amor que yo la halle.
FABIO: ¡Ay de mí!
A las puertas estás
de la casa de Justina.
LELIO: ¿Qué importa, si hoy determina
mi amor declararse más?
Que pues a ver he llegado
que a otro de noche se fía,
no es mucho que yo de día
desahogue mi cuidado.
Retírate tú, porque

el entrar solo es mejor.
Mi padre es gobernador
de Antioquía. Bien podré,
con este aliento y la furia
que a despeñarme camina,
en casa entrar de Justina,
y quejarme de su injuria.

Vase FABIO, y sale JUSTINA

JUSTINA: Livia... Mas ¿quién está al paso?
LELIO: Yo soy.
JUSTINA: Pues ¿qué novedad,
señor, qué temeridad
obliga...?
LELIO: Cuando me abraso
tanto, a mis celos sujeto,
no lo he de estar a tu honor.
Perdona, que con mi amor
ha espirado tu respeto.
JUSTINA: ¿Pues cómo tan atrevido
osas...
LELIO: Como estoy furioso.
JUSTINA: ...entrar...
LELIO: Como estoy celoso.
JUSTINA: ...aquí...
LELIO: Como estoy perdido.
JUSTINA: ...sin advertir y sin ver
el escándalo que da;
que...?
LELIO: No te aflijas, pues ya
tienes poco que perder.
JUSTINA: Mira, Lelio, mi opinión.
LELIO: Justina, eso mejor fuera
que tu voz se lo dijera
a quien por ese balcón
sale de noche. No quiero
más de que sepas que sé
tus liviandades, porque
menos ingrato y severo
tu honor esté con mi amor;
aunque es desdén más injusto
porque tienes otro gusto,
que porque tienes honor.
JUSTINA: Calla, calla, no hables más.
¿Quién a mi casa se atreve,
ni quién en mi ofensa mueve
paso y voz? ¿Tan ciego estás,
tan atrevido y tan loco,
que con fingidas quimeras
eclipsar las luces quieras
que aun al sol tienen en poco?
¿Hombre de mi casa?
LELIO: Sí.
JUSTINA: ¿Por mi balcón?
LELIO: Mi dolor
lo diga, ingrata.
JUSTINA: ¡Ay honor!

Volved por vos y por mí.

Sale el DEMONIO por la puerta que está a las espaldas de JUSTINA

DEMONIO: (Acudiendo mi furor **Aparte**
a los dos cargos que tengo,
a esta casa a entablar vengo
el escándalo mayor
del mundo; y pues ya este amante
tan despechado y tan ciego
está, avívese su fuego.
Ponerme quiero delante
y, como huyendo, después
de ser visto, retirarme.)

Hace como que va a salir, y en viéndole LELIO, se reboce; y vuelve a entrarse por donde salió

JUSTINA: Hombre, ¿vienes a matarme?
LELIO: No, sino a morir.
JUSTINA: ¿Qué ves,
que de nuevo te has mudado?
LELIO: Los engaños tuyos veo.
Di ahora que mi deseo
mis ofensas ha inventado.
Un hombre de este aposento
iba a salir: como vio
gente, embozado volvió
a retirarse.
JUSTINA: En el viento
te finge tu fantasía
ilusiones.

Quiere entrar, y detiénele

LELIO: ¡Pena brava!
JUSTINA: ¿Pues de noche no bastaba,
Lelio, mas también de día
la luz quieres engañar?

Apártala, y éntrase por donde estaba el DEMONIO

LELIO: Si es engaño o no es engaño,
así veré el desengano.
JUSTINA: No te lo quiero excusar,
porque la inocencia mía,
a costa de esta licencia,
desvanezca la apariencia
de la noche con el día.

Sale LISANDRO, viejo

LISANDRO: Justina.
JUSTINA: (Esto me faltaba. **Aparte**
¡Ay de mí, si Lelio sale,
estando Lisandro aquí!)
LISANDRO: Mis desdichas, mis pesares
vengo a consolar contigo.
JUSTINA: ¿Qué tienes, que en el semblante
muestras disgusto y tristeza?
LISANDRO: No es mucho, cuando se rasgue
el corazón. Con el llanto
pasar no puedo adelante.

Va a salir LELIO, y viendo a LISANDRO, se detiene

LELIO: (Ahora acabo de creer **Aparte**
que sombra los celos hacen,
pues no está en este aposento.
No tuvo por dónde echarse
el hombre que vi.)

JUSTINA habla aparte a LELIO

JUSTINA: No salgas,
Lelio, que está aquí mi padre.
LELIO: Esperaré a que se ausente,
convalecido en mis males.)

Retírase LELIO

JUSTINA: ¿De qué lloras? ¿Qué suspiras?
¿Qué tienes, señor? ¿Qué traes?
LISANDRO: Tengo el dolor más sensible,
traigo la pena más grave,
que vio la tierna piedad,
para ejemplos miserables,
con que la crueldad se baña
de tanta inocente sangre.
Al gobernador envía
el César Decio inviolable
un decreto... Hablar no puedo.
JUSTINA: (¿Quién vio pena semejante? **Aparte**
Lisandro, compadecido
de los cristianos ultrajes,
conmigo habla, sin saber
que Lelio puede escucharle,
hijo del Gobernador.)
LISANDRO: En fin, Justina...
JUSTINA: No pases,
señor, si así has de sentirlo,
con el discurso adelante.
LISANDRO: Déjame que le repita;
que contigo, es aliviarle.
En él manda...
JUSTINA: No prosigas,
cuando es tan justo que engañes

tu vejez con más sosiego.
LISANDRO: Cuando, porque me acompañes
en los sentimientos vivos
que bastan para matarme,
te doy cuenta del decreto
más crüel que vio la margen
del Tibre, con sangre escrito
para manchar sus cristales,
¿me diviertes? De otra suerte
solías, Justina, escucharme
estas lástimas.
JUSTINA: Señor,
no son los tiempos iguales.
LELIO: (No oigo todo lo que hablan, **Aparte**
sino destroncado a partes.)

Sale FLORO por la otra parte

FLORO: (Licencia tiene un celoso **Aparte**
que llega a desengañarse
de una hipócrita virtud,
sin que más respetos guarde.
Con este intento hasta aquí
Mas con ella está su padre.
Esperaré otra ocasión.)
LISANDRO: ¿Quién pisa aquestos umbrales?
FLORO: (Ya no es posible, ¡ay de mí!, **Aparte**
el volverme sin hablarle.
Daréle alguna disculpa.)
Yo soy
LISANDRO: ¿Tú en mi casa?
FLORO: A hablarte
vengo, si me das licencia,
sobre un negocio importante.
JUSTINA: (Duélete de mí, Fortuna; **Aparte**
que son éstos muchos lances.)
LISANDRO: Pues ¿qué mandas?
FLORO: (¿Qué diré
Aparte
que de este empeño me saque?)
LELIO: (¡Floro en casa de Justina **Aparte**
con libertad entra y sale!
No son fingidos aquestos
celos; ya éstos son verdades.)
LISANDRO: Mudado traes el color.
FLORO: No te admires, no te espantes,
que vengo a darte un aviso,
que es a tu vida importante,
de un enemigo que tienes,
que de tu muerte en alcance
anda. Esto basta que diga.
LISANDRO: (Sin duda que Floro sabe **Aparte**
que yo soy cristiano, y viene
con esta causa a avisarme
de mi peligro.) Prosigue,
y nada, Floro, me calles.

Sale LIVIA

LIVIA: Señor, el gobernador
me ha mandado que te llame,
y a la puerta está esperando.
FLORO: Mejor será que yo aguarde;
(Pensaré en tanto el engaño.) **Aparte**
y ansí es bien que le despaches.
LISANDRO: Estimo tu cortesía.
Aquí volveré al instante.

Vanse LISANDRO y LIVIA

FLORO: ¿Eres tú la virtüosa
que a las lisonjas süaves
del templado viento llamas
descomedidos ultrajes?
Pues ¿cómo de tu recato
y de tu casa las llaves
rendiste?
JUSTINA: Floro, detente:
no tan descortés agravies
opinión de quien el sol
hizo el más costoso examen
de pura y limpia.
FLORO: Ya llega
aquesa vanidad tarde,
pues ya yo sé a quien has dado
libre entrada...
JUSTINA: ¡Que así hables!
FLORO: ...por un balcón...
JUSTINA: No pronuncies.
FLORO: ...a tu honor.
JUSTINA: ¡Que así me trates!
FLORO: Sí, que no me merecen más
hipócritas humildades.
LELIO: (Floro no fue el del balcón. **Aparte**
Sin duda que hay otro amante,
puesto que ni él ni yo fuimos.)
JUSTINA: Pues tienes ilustre sangre,
no ofendas nobles mujeres.
FLORO: ¡Que noble mujer te llames
cuando a tus brazos le admites
y por tus balcones sale!
Rindióte el poder; que como
es gobernador su padre,
te llevó la vanidad
de ver que a Antioquía mande...
LELIO: (De mí habla.) **Aparte**
FLORO: ...sin mirar
otros defectos más grandes
que la autoridad le encubre
en sus costumbres y sangre.
Pero no...

Sale LELIO

LELIO: Floro, detente,

y no en mi ausencia me agravies;
que hablar del competidor
mal son despechos cobardes.
Y salgo a que no prosigas,
corrido de tantos lances
como contigo he tenido,
sin que en ninguno te mate.
JUSTINA: ¿Quién, sin culpa, se vio nunca
en tan peligrosos lances?
FLORO: Cuanto yo de ti dijera
detrás te diré delante,
y es verdad no sospechosa.
JUSTINA: Tente, Lelio; Floro, ¿qué haces?
LELIO: Tomar la satisfacción
adonde escucho el desaíre.

Empuñan las espadas

FLORO: Yo, sustentar lo que dije
donde lo dije.
JUSTINA: ¡Libradme,
cielos, de tantas fortunas!
FLORO: Y yo sabré castigarte.

Sale el GOBERNADOR, GENTE y LISANDRO

TODOS: Teneos.
JUSTINA: ¡Ay infelice!
GOBERNADOR: ¿Qué es esto? Mas ¿no es bastante
indicio espadas desnudas,
para que pueda informarme?
JUSTINA: ¡Qué desdicha!
LISANDRO: ¡Qué pesar!
TODOS: Señor...
GOBERNADOR: Baste, Lelio, baste.
¿Tú inquieto, siendo mi hijo?
¿Tú de mi favor te vales
para alterar a Antíoquía?
LELIO: Señor, advierte...
GOBERNADOR: Llevadles;
que no ha de haber excepción
ni privilegios de sangre
para no igualar castigos,
pues son las culpas iguales.
LELIO: (Celos truje, y llevo agravios.) **Aparte**
FLORO: (Penas a penas se añaden.) **Aparte**

Llévanlos

GOBERNADOR: En diferentes prisiones,
y con gente que los guarde,
a los dos tened. Y vos,
Lisandro, ¿tan nobles partes
es posible que manchéis
sufriendo...
LISANDRO: No, no os engañen

deslumbradas apariencias.
porque Justina no sabe
la ocasión.
GOBERNADOR: ...dentro en su casa,
queréis que viva ignorante,
mozos ellos y ella hermosa?
En delito tan culpable
me templo, porque no digan
que sentencio como parte,
siendo apasionado juez;
mas vos que esto ocasionasteis,
ya perdida la vergüenza,
sé que volveréis a darme
ocasión, que la deseo,
para que nos desengañen
de vuestra virtud mentida
verdaderas liviandades.

Vanse el GOBERNADOR y su GENTE

JUSTINA: Mis lágrimas os respondan.
LISANDRO: Ya lloras sin fruto y tarde.
¡Oh qué mal, Justina, hice
el día que a declararte
llegué quién eras! ¡Oh nunca
te contara que, en la margen
de un arroyo, en ese monte
fuiste parto de un cadáver!
No me des satisfacciones.
JUSTINA: Los cielos han de abonarme.
LISANDRO: ¡Qué tarde será...
JUSTINA: No hay plazo
que en la vida llegue tarde...
LISANDRO: para castigar delitos!
JUSTINA: ... para acrisolar verdades.
LISANDRO: Por lo que vi te condeno.
JUSTINA: Yo a ti por lo que ignoraste.
LISANDRO: Déjame, que voy muriendo,
donde mi dolor me acabe.
JUSTINA: Pierda yo a tus pies la vida;
pero no me desampares.

Vanse. Salen el DEMONIO, CIPRIANO, MOSCÓN y CLARÍN

DEMONIO: Desde que en tu casa entré,
te he visto sin alegría:
profunda melancolía
en tu semblante se ve.
Tu alivio no es bien que estorbes,
queriéndomelo ocultar,
pues sabré destachonar
la clavazón de los orbes,
por sólo el menor deseo
que te ofenda y te fatigue.
CIPRIANO: No habrá mágica que obligue
al imposible que veo:

son mis ansias infelices.
DEMONIO: Tu amistad me las confiese.
CIPRIANO: Quiero a una mujer.
DEMONIO: ¿Y es ése
el imposible que dices?
CIPRIANO: Si tú supieras quién es...
DEMONIO: Curiosa atención te doy,
mientras que burlando estoy
de que tan cobarde estés.

CIPRIANO: La hermosa cuna temprana
del infante sol, que enjuga
lágrimas cuando madruga,
vestido de nieve y grana;
la verde prisión ufana
de la rosa cuando avisa
que ya sus jardines pisa
abril, y entre mansos hielos
al alba es llanto en los cielos
lo que es en los campos risa;
el detenido arroyuelo,
que el mormurar más süave
aun entre dientes no sabe,
porque se los prende el hielo;
el clavel, que en breve cielo
es estrella de coral;
el ave, que liberal
vestir matices presuma,
veloz cítara de pluma,
al órgano de cristal;
el risco que al sol engaña,
si a derretirle se atreve,
pues, gastándole la nieve,
no le gasta la montaña;
el laurel que el pie se baña
con la nieve que atropella,
y, verde Narciso de ella,
burla sin temer desmayos
en esta parte los rayos
y los hielos en aquélla;
al fin, cuna, grana, nieve,
campo, sol, arroyo o rosa,
ave que canta amorosa,
risa que aljófares llueve,
clavel que cristales bebe,
peñasco sin deshacer,
y laurel que sale a ver
si hay rayos que le coronen
son las partes que componen
a esta divina mujer.
Estoy tan ciego y perdido,
porque mi pena te asombre,
que, por parecerla otro hombre,
me engañé con el vestido.
Mis estudios di al olvido
como al vulgo mi opinión,
el discurso a mi pasión,
a mi llanto el sentimiento,

Librodot

mis esperanzas al viento,
y al desprecio mi razón.
Dije, y haré lo que dije,
que ofreciera liberal
el alma a un genio infernal
--de aquí mi pasión colige--
porque este amor que me aflige
premiase con merecella;
pero es vana mi querella,
tanto que presumo que es
el alma corto interés,
pues no me la dan por ella.

DEMONIO: ¿Tu valor ha de seguir
los pasos desesperados
de amantes que se acobardan
en los primeros asaltos?
¿Tan lejos ejemplos viven
de bellezas que postraron
su vanidad a los ruegos,
su altivez a los halagos?
¿Quieres lograr tus deseos,
siendo su prisión tus brazos?
CIPRIANO: ¿Eso dudas?
DEMONIO: Pues envía
allá fuera esos crïados,
y quedemos los dos solos.
CIPRIANO: Idos allá fuera entrambos.
MOSCÓN: Yo obedezco.
CLARÍN: Y yo también.
(El tal huésped es el diablo.) **Aparte**

Escóndese CLARÍN

CIPRIANO: Ya se fueron.
DEMONIO: (Poco importa **Aparte**
que Clarín se haya quedado.)
CIPRIANO: ¿Qué quieres ahora?
DEMONIO: Esa puerta
cierra.
CIPRIANO: Ya solos estamos.
DEMONIO: ¿Por gozar a esta mujer
aquí dijeron tus labios
que darás el alma?
CIPRIANO: Sí.
DEMONIO: Pues yo te acepto el contrato.
CIPRIANO: ¿Qué dices?
DEMONIO: Que yo le acepto.
CIPRIANO: ¿Cómo?
DEMONIO: Como puedo tanto,
que te enseñaré una ciencia
con que podrás a tu mando
traer la mujer que adoras;
que yo, aunque tan docto y sabio,
traerla para otro no puedo.
Las escrituras hagamos
ante nosotros dos mismos.

CIPRIANO: ¿Quieres con nuevos agravios
dilatar las penas mías?
Lo que ofrecí está en mi mano,
pero lo que tú me ofreces
no está en la tuya, pues hallo
que sobre el libre albedrío
ni hay conjuros ni hay encantos.
DEMONIO: Hazme la cédula tú
con tal condición.
CLARÍN: (¡Mal año! **Aparte**
Según lo que agora he visto,
no es muy bobo aqueste diablo.
¡Yo darle cédula! Aunque
se me tuvieran mis cuartos
sin alquilar veinte siglos,
no la hiciera.)
CIPRIANO: Los engaños.
son para alegres amigos,
no para desconfiados.
DEMONIO: Quiero darte en testimonio
de lo que yo puedo y valgo
algún indicio, aunque sea
de mi poder breve rasgo.
¿Qué ves de esta galería?
CIPRIANO: Mucho cielo y mucho prado,
un bosque, un arroyo, un monte.
DEMONIO: ¿Qué es lo que más te ha agradado?
CIPRIANO: El monte, porque es, en fin,
de la que adoro retrato.
DEMONIO: Soberbio competidor
de la estación de los años,
que te coronas de nubes
por bruto rey de los campos,
deja el monte, mide el viento:
mira que soy quien te llamo.
Y mira tú si a una dama
traerás, si yo a un monte traigo.

Múdase un monte de una parte a otra del tablado

CIPRIANO: ¡No vi más confuso asombro!
¡No vi prodigio más raro!
CLARÍN: (Con el espanto y el miedo **Aparte**
estoy dos veces temblando.)
CIPRIANO: Pájaro que al viento vuelas,
siendo tus plumas tus ramos;
bajel que en el viento surcas;
siendo jarcias tus peñascos:
vuélvete a tu centro, y deja
la admiración y el espanto.
DEMONIO: Si ésta no es prueba bastante,
pronuncien otra mis labios.
¿Quieres ver esa mujer
que adoras?
CIPRIANO: Sí.
DEMONIO: Pues rasgando
las duras entrañas, tú,

monstruo de elementos cuatro,
manifiesta la hermosura
que en tu oscuro centro guardo.

Ábrese un peñasco, y está
JUSTINA durmiendo

¿Es aquélla la que adoras?
CIPRIANO: Aquélla es la que idolatro.
DEMONIO: Mira si dártela puedo,
pues donde quiero la traigo.
CIPRIANO: Divino imposible mío,
hoy serán centro tus brazos
de mi amor, bebiendo al sol
luz a luz y rayo a rayo.

Ciérrase el monte

DEMONIO: Detente, que hasta que firmes
la palabra que me has dado,
no puedes tocarla.
CIPRIANO: Espera,
parda nube del más claro
sol que amaneció a mis dichas...
Mas con el viento me abrazo.
Ya creo tus ciencias, ya
confieso que soy tu esclavo.
¿Qué quieres que haga por ti?
¿Qué me pides?
DEMONIO: Por resguardo
una cédula firmada
con tu sangre y de tu mano.
CLARÍN: (El alma le diera yo **Aparte**
por no haberme aquí quedado.)
CIPRIANO: Pluma será este puñal,
papel este lienzo blanco,
y tinta para escribirlo
la sangre es ya de mis brazos.

Escribe con la daga en un lienzo, habiéndose
sacado sangre de un brazo

(¡Qué hielo! ¡Qué horror! ¡Qué asombro!) **Aparte**
Digo yo, el gran Ciprïano,
que daré el alma inmortal...
(¡Qué frenesí! ¡Qué letargo!) **Aparte**
...a quien me enseñare ciencias...
(¡Qué confusiones! ¡Qué espantos!) **Aparte**
...con que pueda atraer a mí
a Justina, dueño ingrato;
y lo firmé de mi nombre
DEMONIO: (Ya se rindió a mis engaños **Aparte**
el homenaje valiente,
donde estaban tremolando
el discurso y la razón.)
¿Has escrito?

Librodot

CIPRIANO: Sí, y firmado.
DEMONIO: Pues tuyo es el sol que adoras.
CIPRIANO: Tuya por eternos años
es el alma que te ofrezco.
DEMONIO: Alma con alma te pago,
pues por tuya te doy
la de Justina.
CIPRIANO: ¿Qué tanto
término para enseñarme
la magia tomas?
DEMONIO: Un año,
con condición...
CIPRIANO: Nada temas.
DEMONIO: ...que en una cueva encerrados,
sin estudiar otra cosa,
hemos de vivir entrambos,
sirviéndonos solamente
a los dos este crïado,

Saca a CLARÍN

que curioso se quedó,
pues, con nosotros llevando
su persona, este secreto
de esta suerte, aseguramos.
CLARÍN: (¡Oh nunca yo me quedara! **Aparte**
¡Que habiendo vecinos tantos
que acechen, no haya un demonio
que venga al punto a llevarlos!)
CIPRIANO: Está bien. Dos dichas juntas
ingenio y amor lograron,
pues Justina será mía,
y yo vendré a ser espanto
del mundo con nuevas ciencias.
DEMONIO: No salió mi intento en vano.
CLARÍN: El mío sí.
DEMONIO: Ven con nosotros
(Ya vencí el mayor contrario.) **Aparte**
CIPRIANO: Dichosos seréis, deseos,
si tal posesión alcanzo.
DEMONIO: (No ha de sosegar mi envidia **Aparte**
hasta que los gane a entrambos.)
Vamos, y de aqueste monte
en lo oculto y lo intrincado
oirás la primer lición
hoy de la mágica.
CIPRIANO: Vamos.
que, con tal maestro mí ingenio,
mi amor con dueño tan alto,
eterno será en el mundo
el mágico Ciprïano.

TERCER ACTO

Sale CIPRIANO, solo, de una como cueva

CIPRIANO: Ingrata beldad mía,
llegó el feliz, llegó el dichoso día,
línea de mi esperanza,
término de mi amor y tu mudanza,
pues hoy será el postrero

en que triunfar de tu desdén espero.
Este monte, elevado
en sí mismo alcázar estrellado,
y aquesta cueva oscura,
de dos vivos funesta sepultura,
escuela ruda han sido
donde la docta mágica he aprendido,
en que tanto me muestro
que puedo dar lición a mi maestro.
Y viendo ya que hoy una vuelta entera
cumple el sol de una esfera en otra esfera,
a examinar de mis prisiones salgo
con la luz que puedo y lo que valgo.
Hermosos cielos puros,
atended a mis mágicos conjuros;
blandos aires veloces,
parad al sabio estruendo de mis voces;
gran peñasco violento,
estremécete al ruido de mi acento;
duros troncos vestidos,
asombraos al horror de mis gemidos;
floridas plantas bellas,
al eco os asustad de mis querellas;
dulces aves süaves,
la acción temed de mis prodigios graves;
bárbaras, crueles fieras,
mirad las señas de mi afán primeras;
porque ciegos, turbados,
suspendidos, confusos, asustados,
cielos, aires, peñascos, troncos, plantas,
fieras y aves, estéis de ciencias tantas;
que no ha de ser en vano
el estudio infernal de Ciprïano.

Sale el DEMONIO

DEMONIO: Cipriano.
CIPRIANO: ¡Oh sabio maestro mío!

Enojado

DEMONIO: ¿A qué, usando esta vez de tu albedrío
más que de mi preceto,
con qué fin, por qué causa, y a qué efeto,
osado o ignorante,
sales a ver del sol la faz brillante?
CIPRIANO: Viendo que ya yo puedo
al infierno poner asombro y miedo,
pues con tanto cuidado
la mágica he estudiado
que aun tú mismo no puedes
decir, si es que me igualas, que me excedes;
viendo que ya no hay parte
de ella que con fatiga, estudio y arte
yo no la haya alcanzado,
pues la nigromancia he penetrado,
cuyas líneas oscuras

Librodot

me abrirán las funestas sepulturas,
haciendo que su centro
aborte los cadáveres que dentro
tiranamente encierra
la avarienta codicia de la tierra,
respondiendo por puntos
a mis voces los pálidos difuntos;
y viendo, en fin, cumplida
la edad del sol que fue plazo a mi vida,
pues, corriendo veloz a su discurso
con el rápido curso
los cielos cada día,
retrocediendo siempre a la porfía
del natural, en que se juzga extraño,
el término fatal cumple hoy del año:
lograr mis ansias quiero,
atrayendo a mi voz el bien que espero.
Hoy la rara, hoy la bella, hoy la divina,
hoy la hermosa Justina,
en repetidos lazos,
llamada de mi amor, vendrá a mis brazos;
que permitir no creo
de dilación un punto a mi deseo.

DEMONIO: Ni yo que le permitas
quiero, si es éste el fin que solicitas.
Con caracteres mudos
la tierra línea, pues, y con agudos
conjuros hiere el viento,
a tu esperanza y a tu amor atento.

CIPRIANO: Pues allí me retiro,
donde verás que cielo y tierra admiro.

Vase

DEMONIO: Y yo te doy licencia,
porque sé de tu ciencia y de mi ciencia
que el infierno inclemente,
a tus invocaciones obediente,
podrá por mí entregarte
a la hermosa Justina en esta parte;
que aunque el gran poder mío
no puede hacer vasallo un albedrío,
puede representalle
tan extraños deleites que se halle
empeñado a buscarlos,
y inclinarlos podré, si no forzarlos.

Sale CLARÍN de la cueva

CLARÍN: Ingrata deidad mía,
no Livia ardiente, sino Livia fría,
llegó el plazo en que espero
alcanzar si tu amor es verdadera;
pues ya sé lo que basta
para ver si eres casta o haces casta;
que con tanto cuidado
aquí la ciencia mágica he estudiado

Librodot

que por ella he de ver--¡ay de mí, triste!--
si con Moscón acaso me ofendiste.
Aguados cielos--ya otro dijo "puros"--
atended a mis lóbregos conjuros:
montes...

DEMONIO: Clarín, ¿qué es eso?

CLARÍN: ¡Oh sabio maestro!
Por la concomitancia estoy tan diestro
en la magia que quiero ver por ella
si Livia, tan ingrata como bella,
comete alguna vez superchería
en la fatal estancia de mi día.

DEMONIO: Deja aquesas locuras,
y en lo intrincado de esas peñas duras
asiste a tu señor, para que veas
--si tanta admiración lograr deseas--
el fin de su cuidado;
que solo quiero estar.

CLARÍN: Yo, acompañado.
Y si no he merecido
haber las ciencias tuyas aprendido,
porque, en fin, no te he hecho
cédula con la sangre de mi pecho,
en este lienzo ahora...

Saca un lienzo sucio y escribe en él con el dedo, habiéndose hecho sangre

--nunca le tray más limpio quién bien llora--
la haré, para que más te escandalices,
dándome un mojicón en las narices;
que no será embarazo
salir de las narices o del brazo.
Digo, el gran Clarín, que, si merezco
ver a Livia crüel, que al diablo ofrezco...

DEMONIO: Ya digo que me dejes,
y que con tu señor de mí te alejes.

CLARÍN: Yo lo haré, no te alteres.
Pues que tomar mi cédula no quieres
cuando darla procuro,
sin duda que me tienes por seguro.

Vase CLARÍN

DEMONIO: Ea, infernal abismo,
desesperado imperio de ti mismo,
de tu prisión ingrata
tus lascivos espíritus desata,
amenazando rüina
al virgen edificio de Justina.
Su casto pensamiento
de mil torpes fantasmas en el viento
hoy se informe, su honesta fantasía
se lleñe; y con dulcísima armonía
todo provoque amores:
los pájaros, las plantas y las flores.
Nada miren sus ojos

que no sean de amor dulces despojos;
nada oigan sus oídos
que no sean de amor tiernos gemidos;
porque, sin que defensa en su fe tenga,
hoy a buscar a Cipriano venga,
de su ciencia invocada
y de mi ciego espíritu guiada.
Empezad, que yo en tanto
callaré, porque empiece vuestro canto.

Canta dentro, una VOZ

VOZ: *¿Cuál es la gloria mayor*
de esta vida?
TODOS: *Amor, amor.*

Mientras esta copla se canta, se va entrando el DEMONIO por una puerta, y sale por otra JUSTINA huyendo

VOZ: *No hay sujeto en quien no imprima*
el fuego de amor su llama,
pues vive más donde ama
el hombre que donde anima.
Amor solamente estima
cuanto tener vida sabe:
el tronco, la flor y el ave.
Luego es la gloria mayor
de esta vida...
TODOS: *...amor, amor.*

Esto representa asombrada y inquieta

JUSTINA: Pesada imaginación,
al parecer lisonjera,
¿cuándo te he dado ocasión
para que de esta manera
aflijas mi corazón?
¿Cuál es la causa, en rigor,
de este fuego, de este ardor,
que en mí por instantes crece?
¿Qué dolor el que padece
mi sentido?

Cantan

TODOS: *Amor, amor.*

Cóbrase más

JUSTINA: Aquel ruiseñor amante
es quien respuesta me da,
enamorando constante
a su consorte, que está
un ramo más adelante.

Calla, ruiseñor; no aquí
imaginar me hagas ya,
por las quejas que te oí,
cómo un hombre sentirá,
si siente un pájaro así.
Mas no. Una vid fue lasciva,
que buscando fugitiva
va el tronco donde se enlace,
siendo el verdor con que abrace
el peso con que derriba.
No así con verdes abrazos
me hagas pensar en quien amas,
vid; que dudaré en tus lazos,
si así abrazan unas ramas,
cómo enraman unos brazos.
Y si no es la vid, será
aquel girasol, que está
viendo cara a cara al sol,
tras cuyo hermoso arrebol
siempre moviéndose va.
No sigas, no, tus enojos,
flor, con marchitos despojos;
que pensarán mis congojas,
si así lloran unas hojas,
cómo lloran unos ojos.
Cesa, amante ruiseñor;
desúnete, vid frondosa;
párate, inconstante flor;
o decid: ¿qué venenosa
fuerza usáis?

Cantan

TODOS: *Amor, amor.*
JUSTINA: ¡Amor! ¿A quién le he tenido
yo jamás? Objeto es vano;
pues siempre despojo han sido
de mi desdén y mi olvido
Lelio, Floro y Ciprïano.
¿A Lelio no desprecié?
¿A Floro no aborrecí?
Y a Ciprïano ¿no traté...

Párase en el nombre de CIPRIANO, y desde allí repsenta inquieta otra vez

...con tal rigor que, de mí
aborrecido, se fue
donde de él no se ha sabido?
Mas--¡ay de mí!--yo ya creo
que ésta debe de haber sido
la ocasión con que ha podido
atreverse mi deseo;
pues desde que pronuncié
que vive ausente por mí,
no sé--¡ay infeliz!--no sé
qué pena es la que sentí.

Librodot

Cóbrase otra vez

Mas piedad sin duda fue
de ver que por mí olvidado
viva un hombre que se vio
de todos tan celebrado,
y que a sus olvidos yo
tanta ocasión haya dado.

Con asombro, otra vez

Pero si fuera piedad,
la misma piedad tuviera
de Lelio y Floro, en verdad;
pues en una prisión fiera
por mí están sin libertad.

En sí, otra vez

.....
.....
Mas--¡ay discursos!--parad.
Si basta ser piedad sola,
no acompañéis la piedad;
que os alargáis de manera
que no sé--¡ay de mí!--no sé,
si ahora a buscarle fuera,
si adonde él está supiera.

Sale el DEMONIO

DEMONIO: Ven, que yo te lo diré.
JUSTINA: ¿Quién eres tú, que has entrado
hasta este retrete mío,
estando todo cerrado?
¿Eres monstruo que ha formado
mi confuso desvarío?
DEMONIO: No soy sino quien, movido
de ese afecto que tirano
te ha postrado y te ha vencido,
hoy llevarte ha prometido
adonde está Ciprïano.
JUSTINA: Pues no lograrán tu intento;
que esta pena, esta pasión
que afligió mi pensamiento,
llevó la imaginación,
pero no el consentimiento.
DEMONIO: En haberlo imaginado
hecha tienes la mitad;
pues ya el pecado es pecado,
no pares la voluntad,
el medio camino andado.
JUSTINA: Desconfiarme es en vano,
aunque pensé; que aunque es llano

que el pensar es empezar,
no está en mi mano el pensar,
y está el obrar en mi mano.
Para haberte de seguir,
el pie tengo de mover,
y esto puedo resistir,
porque una cosa es hacer
y otra cosa es discurrir.

DEMONIO: Si una ciencia peregrina
en ti su poder esfuerza,
¿cómo has de vencer, Justina,
si inclina con tanta fuerza
que fuerza al paso que inclina?

JUSTINA: Sabiéndome yo ayudar
del libre albedrío mío.

DEMONIO: Forzarále mi pesar.

JUSTINA: No fuera libre albedrío
si se dejara forzar.

Tira de ella, y no puede moverla

DEMONIO: Ven donde un gusto te espera.

JUSTINA: Es muy costoso ese gusto.

DEMONIO: Es una paz lisonjera.

JUSTINA: Es un cautiverio injusto.

DEMONIO: Es dicha.

JUSTINA: Es desdicha fiera.

DEMONIO: ¿Cómo te has de defender,
si te arrastra mi poder?

Tira más

JUSTINA: Mi defensa en Dios consiste.

Suéltala

DEMONIO: Venciste, mujer, venciste
con no dejarte vencer.
Mas ya. que de esta manera
de Dios estás defendida,
mi pena, mi rabia fiera,
sabrá llevarte fingida,
pues no puede verdadera.
Un espíritu verás,
para este efecto no más,
que de tu forma se informa,
y en la fantástica forma
disfamada vivirás.
Lograr dos triunfos espero,
de tu virtud ofendido:
deshonrarte es el primero,
y hacer de un gusto fingido
un delito verdadero.

Vase el DEMONIO

JUSTINA: De esa ofensa al cielo apelo,
porque desvanezca el cielo
la apariencia de mi fama,
bien como al aire la llama,
bien como la flor al hielo.
No podrás... Mas--¡ay de mí!--
¿a quién estas voces doy?
¿No estaba ahora un hombre aquí?
Sí. Mas no, yo sola estoy.
No. Mas sí, pues yo le vi.
¿Por dónde se fue tan presto?
¿Si le engendró mi temor?
Mi peligro es manifiesto.
¡Lisandro, padre, señor!
¡Livia!

Sale cada uno por su puerta

LISANDRO: ¿Qué es esto?
LIVIA: ¿Qué es esto?
JUSTINA: ¿Visteis un hombre--¡ay de mí!--
que ahora salió de aquí?
(Mal mis desdichas resisto.) **Aparte**
LISANDRO: ¡Hombre aquí!
JUSTINA: ¿No le habéis visto?
LIVIA: No, señora.
JUSTINA: Pues yo sí.
LISANDRO: ¿Cómo puede ser, si ha estado
todo este cuarto cerrado?
LIVIA: (Sin duda que a Moscón vio, **Aparte**
que tengo escondido yo
en mi aposento.)
LISANDRO: Formado
cuerpo de tu fantasía
el hombre debió de ser;
que tu gran melancolía
le supo formar y hacer
de los átomos del día.

LIVIA: Mi señor tiene razón.
JUSTINA: No ha sido--¡ay de mí!--ilusión,
y mayor daño sospecho,
porque a pedazos del pecho
me arrancan el corazón.
Algún hechizo mortal
se está haciendo contra mí,
y fuera el conjuro tal
que, a no haber Dios, desde aquí
me dejara ir tras mi mal.
Mas Él me ha de defender,
y no sólo del poder
de esta tirana violencia;
pero mi humilde inocencia
no ha de dejar padecer.
Livia, el manto, porque, en tanto
que padezco estos extremos,
tengo de ir al templo santo,

que tan secreto tenemos
los fieles.

Saca el manto, y pónesele; que le vea con él la gente

LIVIA: Aquí está el manto.
JUSTINA: En él tengo de templar
este fuego que me abrasa.
LISANDRO: Yo te quiero acompañar.
LIVIA: (Y yo volveré a alentar **Aparte**
en echándolos de casa.)
JUSTINA: Pues voy a ampararme así,
cielos, de vuestro favor,
confío.
LISANDRO: Vamos de aquí.
JUSTINA: Vuestra es la causa, Señor.
Volved por vos y por mí.

Vanse los dos, y sale MOSCÓN, que está acechando

MOSCÓN: ¿Fuéronse ya?
LIVIA: Ya se fueron
MOSCÓN: ¡Con qué susto me tuvieron!
LIVIA: ¿Es posible que salieras
del aposento, y vinieras
donde sus ojos te vieron?
MOSCÓN: ¡Vive Dios que no he salido!
un instante, Livia mía,
de donde estaba escondido!
LIVIA: Pues ¿quién el hombre sería?
MOSCÓN: El mismo diablo habrá sido.
¿Qué sé yo? No muestres ya
por eso, mi bien, enfado.

Suspira LIVIA

LIVIA: No es por eso.
MOSCÓN: ¿Qué será?
LIVIA: ¡Qué pregunta, si ha que está
un día entero encerrado
conmigo! ¿No echa de ver

Llora

que habrá también menester
el otro, su confidente,
que llore hoy tenerle ausente,
pues no lloré en todo ayer?
¿Hase de pensar de mí
que mujer tan fácil fui
que en medio año de ausencia
falté a la correspondencia
que al ser quien soy ofrecí?

Librodot

MOSCÓN: ¿Qué es medio año? Un año entero
ha ya que pudo faltar.
LIVIA: Es engaño, pues infiero
que yo no debo contar
los días que no le quiero.
Y si de un año--¡ay de mí!--

Llorando

te di la mitad a ti,
fuera injuria muy crüel
contárselo todo a él.
MOSCÓN: Cuándo yo, ingrata, creí
que fuera tu voluntad
toda mía, ¡con piedad
haces cuentas!
LIVIA: Sí, Moscón,
porque, en fin, cuenta y razón
conserva toda amistad.
MOSCÓN: Pues que tu constancia es tal,
adiós, Livia, hasta mañana.
Sólo te ruega mi mal
que, pues eres su terciana,
no seas su sincopal.
LIVIA: ¿Ya no ves que no hay en mí
malicia alguna?
MOSCÓN: ¿Es así?
LIVIA: En todo hoy no me has de ver;
mas no sea menester
enviar mañana por ti.

Vanse, y sale CIPRIANO, con asombro, y CLARÍN, acechando, tras él

CIPRIANO: Sin duda se han rebelado
en los imperios cerúleos
las tropas de las estrellas,
pues me niegan sus influjos.
Comunidades ha hecho
todo el abismo profundo,
pues la obediencia no rinde
que me debe por tributo.
Una. y mil veces el viento
estremezco a mis conjuros,
y una y mil veces la tierra
con mis caracteres surco,
sin que se ofrezca a mis ojos
el humano sol que busco,
el cielo humano que espero
en mis brazos.
CLARÍN: Eso ¿es mucho?
Pues una y mil veces yo
hago en la tierra dibujos,
una y mil veces el viento
a puras voces aturdo,
y tampoco viene Lívia.
CIPRIANO: Esta sola vez presumo

volver a invocarla. Escucha,
bella Justina.

Sale la que hace a JUSTINA, con manto, como turbada, por una puerta, y éntrase huyendo por la otra, y va tras ella CIPRIANO, turbado, y CLARÍN, turbado, dando vueltas con miedo

FIGURA: Ya escucho;
que, forzada de tus voces,
aquestos montes discurro.
¿Qué me quieres? ¿Qué me quieres,
Ciprïano?
CIPRIANO: ¡Estoy confuso!
FIGURA: Y pues que ya...
CIPRIANO: ¡Estoy absorto!
FIGURA: ...he venido...
CIPRIANO: ¿Qué me turbo?
FIGURA: ...de la suerte...
CIPRIANO: ¿Qué me espanto?
FIGURA: ....que me halló el amor,...
CIPRIANO: ¿Qué dudo?
FIGURA: ...donde me llamas...
CIPRIANO: ¿Qué temo?
FIGURA: ...y así con la fuerza cumplo
del encanto, a lo intrincado
del monte tu vista huyo.

Cúbrese el rostro con el manto, y vase

CIPRIANO: Espera, aguarda, Justina.
Mas ¿qué me asombro y discurro?
Seguiréla, y este monte,
donde mi ciencia la trujo,
teatro será frondoso,
ya que no tálamo rudo,
del más prodigioso amor
que ha visto el cielo.

Vase

CLARÍN: Abernuncio
de mujer que viene a ser
novia, y viene oliendo a humo.
Pero debió de cogerla
del encanto lo absoluto
soplando alguna colada
o cociendo algún menudo.
Mas no. ¡En cocina y con manto!
De otra suerte la disculpo.
Sin duda debe de ser
--ahora he dado en el punto--
que una honrada nunca huele
mejor cogida de susto.
Ya la ha alcanzado, y con ella,
de aqueste valle en lo inculto,

luchando a brazos enteros
--que a brazos partidos juzgo
que hiciera mal en luchar
el amante más forzudo--
a este mismo sitio vuelven.
Desde aquí acechar procuro;
que deseo saber cómo se hace
una fuerza en el mundo.

Escóndese, y sale CIPRIANO, trayendo abrazada una persona cubierta con manto y con vestido parecido al de JUSTINA, que es fácil, siendo negro este manto y vestido; y han de venir de suerte que con facilidad se quite todo y quede un esqueleto, que ha de volar o hundirse, como mejor pareciere, como se haga con velocidad; si bien será mejor desaparecer por el viento

CIPRIANO: Ya, bellísima Justina,
en este sitio que, oculto,
ni el sol le penetra a rayos
ni a soplos el aire puro,
ya es trofeo tu belleza
de mis mágicos estudios;
que por conseguirte, nada
temo, nada dificulto.
El alma, Justina bella,
me cuestas; pero ya juzgo,
siendo tan grande el empleo,
que no ha sido el precio mucho.
Corre a la deidad el velo,
no entre pardos, no entre oscuros
celajes se esconda el sol;
sus rayos ostente rubios.

Descúbrela, y ve el cadáver

Mas--¡ay infeliz!--¿qué veo?
Un yerto cadáver mudo
entre sus brazos me espera!
¿Quién en un instante pudo,
en facciones desmayadas
de lo pálido y caduco,
desvanecer los primores
de lo rojo y lo purpúreo?
ESQUELETO: Así, Cipriano, son
todas las glorias del mundo.

Desaparece, y sale CLARÍN, huyendo, y abrázase con él CIPRIANO

CLARÍN: (Si alguien ha menester miedo, **Aparte**
yo tengo un poco y un mucho.)
CIPRIANO: Espera, fúnebre sombra.
Ya con otro fin te busco.
CLARÍN: Pues yo soy fúnebre cuerpo.
¿No echas de verlo en el bulto?

Librodot

CIPRIANO: ¿Quién eres?
CLARÍN: Yo estoy de suerte
que aun quien soy creo que dudo.
CIPRIANO: ¿Viste en lo raro del viento
o del centro en el profundo
yerto un cadáver, dejando
en señas de polvo y humo
desvanecida la pompa
que llena de adornos trujo?
CLARÍN: Ahora sabes que estoy
sujeto a los infortunios
de acechador.
CIPRIANO: ¿Qué se hizo?
CLARÍN: Deshízose luego al punto.
CIPRIANO: Busquémosle.
CLARÍN: No busquemos.
CIPRIANO: Sus desengaños procuro.
CLARÍN: Yo no, señor.

Sale el DEMONIO

DEMONIO: (¡Justos cielos! **Aparte**
Si juntas un tiempo tuvo
mi ser la ciencia y la gracia
cuando fui espíritu puro,
la gracia sola perdí,
la ciencia no. ¿Cómo, injustos,
si esto es así, de mis ciencias
aun no me dejáis el uso?)

Sin verle

CIPRIANO: ¡Lucero, sabio maestro!
CLARÍN: No le llames; que presumo
que venga en otro cadáver.
DEMONIO: ¿Qué me quieres?
CIPRIANO: Que del mucho
horror que padezco absorto
rescates hoy mi discurso.
CLARÍN: (Yo, que no quiero rescates, **Aparte**
por este lado me escurro.)

Vase CLARÍN

CIPRIANO: Apenas sobre la tierra
herida acentos pronuncio
cuando en la acción que allá estaba
Justina, divino asunto
de mi amor y mi deseo
Pero ¿para qué procuro
contarte lo que ya sabes?
Vino, abracéla, y al punto
que la descubro--¡ay de mí!--
en su belleza descubro
un esqueleto, una estatua,
una imagen, un trasunto

Librodot

de la muerte, que en distintas
voces me dijo--¡oh qué susto!--,
"Así, Ciprïano, son
todas las glorias del mundo."
Decir que en la magia tuya,
por mí ejecutada, estuvo
el engaño no es posible,
porque yo punto por punto
la obré, sin que errar pudiese
de sus caracteres mudos
una línea, ni una voz
de sus mortales conjuros.
Luego tú me has engañado
cuando yo los ejecuto,
pues sólo fantasmas hallo
adonde hermosuras busco.

DEMONIO: Ciprïano, ni hubo en ti
defecto, ni en mí le hubo.
En ti, supuesto que obraste
el encanto con agudo
ingenio; en mí, pues el mío
te enseñó en él cuanto supo.
El asombro que has tocado
más superior causa tuvo.
Mas no importará; que yo,
que tu descanso procuro,
te haré dueño de Justina
por otros medios más justos.

CIPRIANO: No es ése mi intento ya;
que de tal suerte confuso
este espanto me ha dejado
que no quiero medios tuyos.
Y así, pues que no has cumplido
las condiciones que puso
mi amor, sólo de ti quiero,
ya que de tu vista huyo,
que mí cédula me vuelvas,
pues es el contrato nulo.

DEMONIO: Yo te dije que te había
de enseñar en este estudio
ciencias que atraer pudiesen,
de tus voces al impulso,
a Justina; y pues el viento
aquí a Justina te trujo,
válido ha sido el contrato,
y yo mi palabra cumplo.

CIPRIANO: Tú me ofreciste que había
de coger mi amor el fruto
que sembraba mi esperanza
por estos montes incultos.

DEMONIO: Yo me obligué, Ciprïano,
sólo a traerla.

CIPRIANO: Eso dudo;
que a dármela te obligaste.

DEMONIO: Yo la vi en los brazos tuyos.

CIPRIANO: Fue una sombra.

DEMONIO: Fue un prodigio.

CIPRIANO: ¿De quién?

DEMONIO: De quien se dispuso

a ampararla.
CIPRIANO: ¿Y cúyo fue?

Temblando

DEMONIO: No quiero decirte cuyo.
CIPRIANO: Valdréme yo de tus ciencias
contra ti. Yo te conjuro
que quién ha sido me digas.
DEMONIO: Un Dios, que a su cargo tuvo
a Justina.
CIPRIANO: Pues ¿qué importa
sólo un dios, puesto que hay muchos?
DEMONIO: Tiene Él el poder de todos.
CIPRIANO: Luego solamente es uno,
pues con una voluntad
obra más que todos juntos.
DEMONIO: No sé nada, no sé nada.
CIPRIANO: Ya todo el pacto renuncio
que hice contigo; y en nombre
de aquese Dios te pregunto:
¿Qué le ha obligado a ampararla?

Haciéndose fuerza para no decirlo

DEMONIO: Guardar su honor limpio y puro.
CIPRIANO: Luego Ése es suma bondad,
pues que no permite insultos.
Mas ¿qué perdiera Justina
si aquí se quedaba oculto?
DEMONIO: Su honor, si lo adivinara
por sus malicias el vulgo.
CIPRIANO: Luego ese Dios todo es vista,
pues vio los daños futuros.
Pero ¿no pudiera ser
ser el encanto tan sumo
que no pudiera vencerle?
DEMONIO: No, que su poder es mucho.
CIPRIANO: Luego ese Dios todo es manos,
pues que cuanto quiso pudo.
Dime, ¿quién es ese Dios,
en quien he topado juntos
ser una suma bondad,
ser un poder absoluto,
todo vista y todo manos,
que ha tantos años que busco?
DEMONIO: No lo sé.
CIPRIANO: Dime quién es.
DEMONIO: ¡Con cuánto horror lo pronuncio!
Es el Dios de los cristianos.
CIPRIANO: ¿Qué es lo que moverle pudo
contra mí?
DEMONIO: Serlo Justina.
CIPRIANO: ¿Pues tanto ampara a los suyos?

Con rabia

DEMONIO: Sí, mas ya es tarde, ya es tarde
para hallarle tú, si juzgo
que, siendo tú esclavo mío,
no has de ser vasallo suyo.
CIPRIANO: ¡Yo tu esclavo!
DEMONIO: En mi poder
tu firma está.
CIPRIANO: Ya presumo
cobrarla de ti, pues fue
condicional, y no dudo
quitártela.
DEMONIO: ¿De qué suerte?
CIPRIANO: De esta suerte.

Saca la espada, tírale y no le topa

DEMONIO: Aunque desnudo
el acero contra mí
esgrimas fiero y sañudo,
no me herirás; y porqué
desesperen tus discursos,
quiero que sepas que ha sido
el Demonio el dueño tuyo.
CIPRIANO: ¿Qué dices?
DEMONIO: Que yo lo soy.
CIPRIANO: ¡Con cuánto asombro te escucho!
DEMONIO: Para que veas, no sólo
que esclavo eres, pero cúyo.
CIPRIANO: ¡Esclavo yo del Demonio!
¿Yo de un dueño tan injusto?
DEMONIO: Sí, que el alma me ofreciste,
y es mía desde aquel punto.
CIPRIANO: ¿Luego no tengo esperanza,
favor, amparo o seguro
que tan gran delito pueda
borrar?
DEMONIO: No.
CIPRIANO: Pues ya ¿qué dudo?
No ociosamente en mi mano
esté aqueste acero agudo;
pasándome el pecho, sea
mi voluntario verdugo.
Mas ¿qué digo? Quien de ti
librar a Justina pudo
¿a mí no podrá librarme?
DEMONIO: No, que es contra ti tu insulto;
y Él no ampara los delitos,
las virtudes sí.
CIPRIANO: Si es sumo
su poder, el perdonar
y el premiar será en Él uno.
DEMONIO: También lo será el premiar
y el castigar, pues es justo.
CIPRIANO: Nadie castiga al rendido:
yo lo estoy, pues le procuro.
DEMONIO: Eres mi esclavo, y no puedes
ser de otro dueño.

CIPRIANO: Eso dudo.
DEMONIO: ¿Cómo, estando en mi poder
la firma que con dibujos
de tu sangre escrita tengo?
CIPRIANO: Él que es poder absoluto
y no depende de otro
vencerá mis infortunios.
DEMONIO: ¿De qué suerte?
CIPRIANO: Todo es vista,
y verá el medio oportuno.
DEMONIO: Yo la tengo.
CIPRIANO: Todo es manos.
Él sabrá romper los nudos.
DEMONIO: Dejaréte yo primero
entre mis brazos difunto.

Luchan

CIPRIANO: ¡Grande Dios de los cristianos!
A Ti en mis penas acudo.

Arrójale de sus brazos

DEMONIO: Ése te ha dado la vida.
CIPRIANO: Más me ha de dar, pues le busco.

Vase cada uno por su puerta, y salen el GOBERNADOR y su GENTE, y FABIO haga relación sin barba

GOBERNADOR: ¿Cómo ha sido la prisión?
FABIO: Todos en su iglesia estaban
escondidos, donde daban
a su Dios adoración.
Llegué con armadas gentes,
toda la casa cerqué,
prendílos, y los llevé
a cárceles diferentes;
y el suceso, en fin, concluyo
con decir que en esta ruina
prendí a la hermosa Justina
y a Lisandro, padre suyo.
GOBERNADOR: Pues si riquezas codicias,
puestos, honores y más,
¿cómo esas nuevas me das,
Fabio, sin pedirme albricias?
FABIO: Si así estimas mis sucesos,
las que me has de dar no ignoro.
GOBERNADOR: Di.
FABIO: La libertad de Floro
y Lelio, que tienes presos.
GOBERNADOR: Aunque yo con su castigo
parece que escarmentar
quise todo este lugar,
si la verdad, Fabio, digo,
otra es la causa por qué
presos han vivido un año,
y es que así de Lelio el daño

como padre aseguré.
Floro, su competidor,
tiene deudos poderosos;
y estando los dos celosos
y empeñados en su amor,
temí que habían de volver
otra vez a la cuestión;
y hasta quitar la ocasión,
no me quise resolver.
Con este intento buscaba
algún color con que echar
a Justina del lugar;
pero nunca le topaba.
Y pues su virtud fingida
no sólo ocasión me da
hoy de desterrarla ya,
mas de quitarla la vida.
No estén más presos; y así
a sus prisiones irás,
y con brevedad traerás
a Lelio y a Floro aquí.

FABIO: Beso mil veces tus pies.
¡Qué merced tan peregrina!

Vase FLORO

GOBERNADOR: Ya está en mi poder Justina,
presa y convencida; pues
¿qué espera mi rabia fiera,
que ya en ella no ha vengado
los enojos que me ha dado?
A sangrientas manos muera
de un verdugo.

A un CRIADO

Vos, mirad
Que aquí la traigáis os mando
hoy a la vergüenza dando
escándalo a la ciudad;
porque si en palacio está,
nada a darla vida baste.

Salen FABIO, LELIO y FLORO

FABIO: Los dos por quien envïaste
están a tus plantas ya.

LELIO: Yo, que al fin sólo deseo
parecer tu hijo esta vez,
no te miro como juez,
con los temores de reo,
sino como padre airado,
con los temores de hijo
obediente.

FLORO: Y yo colijo,
viéndome de ti llamado,

que es para darme, señor,
castigos que no merezco.
Pero a tus plantas me ofrezco.
GOBERNADOR: Lelio, Floro, mi rigor
justo con los dos ha sido,
porque, si no os castigara,
padre, no juez me mostrara.
Pero teniendo entendido
que en los nobles no duró
nunca el enojo, y que ya
quitada la causa está,
intento piadoso yo
haceros amigos luego.
En muestras de la amistad
aquí los brazos os dad.
LELIO: Yo el venturoso a ser llego
en ser hoy de Floro amigo.
FLORO: Y yo de que lo seré
doy mano y palabra.
GOBERNADOR: En fe
de eso a libraros me obligo,
que si el desengaño toco
que de vuestro amor tenéis,
no dudo que lo seréis.

Dentro

DEMONIO: ¡Guarda el loco! ¡Guarda el loco!
GOBERNADOR: ¿Qué es esto?
LELIO: Yo lo iré a ver.

LELIO va a la puerta, y vuelve luego

GOBERNADOR: En palacio tanto ruido,
¿de qué puede haber nacido?
FLORO: Gran causa debe de ser.

LELIO: Aqueste ruido, señor,
--escucha un raro suceso--
es Ciprïano, que al cabo
de tantos días ha vuelto
loco y sin juicio a Antioquía.
FLORO: Sin duda que de su ingenio
la sutileza le tiene
en aqueste estado puesto.
TODOS: ¡Guarda el loco, guarda el loco!

Salen TODOS, y CIPRIANO, medio desnudo

CIPRIANO: Nunca yo he estado más cuerdo;
que vosotros sois los locos.
GOBERNADOR: Ciprïano, pues, ¿qué es esto?
CIPRIANO: Gobernador de Antioquía,
virrey del gran césar Decio,
Floro y Lelio, de quien

fui amigo tan verdadero,
nobleza ilustre, gran plebe,
estadme todos atentos;
que por hablaros a todos
juntos a palacio vengo.
Yo soy Ciprïano; yo
por mi estudio y por mi ingenio
fui asombro de las escuelas,
fui de las ciencias portento.
Lo que de todas saqué
fue una duda, no saliendo
jamás de una duda sola
confuso mi entendimiento.
Vi a Justina, y en Justina
ocupados mis afectos,
dejé a la docta Minerva
por la enamorada Venus.
De su virtud despedido,
mantuve mis sentimientos
hasta que, mi amor pasando
de un extremo en otro extremo,
a un huésped mío, que el mar
le dio mis plantas por puerto,
por Justina ofrecí el alma,
porque me cautivó a un tiempo
el amor con esperanzas,
y con ciencias el ingenio.
De éste discípulo he sido,
estas montañas viviendo,
a cuya docta fatiga
tanta admiración le debo
que puedo mudar los montes
desde un asiento a otro asiento;
y aunque puedo estos prodigios
hoy ejecutar, no puedo
atraer una hermosura
a la voz de mi deseo.
La causa de no poder
rendir este monstruo bello
es que hay un Dios que la guarda,
en cuyo conocimiento
he venido a confesarle
por el más sumo y inmenso.
El gran Dios de los cristianos
es el que a voces confieso;
que aunque es verdad que yo agora
esclavo soy del infierno,
y que con mi sangre misma
hecha una cédula tengo,
con mi sangre he de borrarla
en el martirio que espero.
Si eres juez, si a los cristianos
persigues duro y sangriento,
yo lo soy; que un venerable
anciano, en el monte mesmo,
el carácter me imprimió
que es su primer sacramento.
Ea, pues, ¿qué aguardas? Venga
el verdugo, y de mi cuello

la cabeza me divida,
o con extraños tormentos
acrisole mi constancia;
que yo rendido y resuelto
a padecer dos mil muertes
estoy, porque a saber llego
que, sin el gran Dios que busco,
que adoro y que reverencio,
las humanas glorias son polvo,
humo, ceniza y viento.

Déjase CIPRIANO caerse boca abajo en el suelo

GOBERNADOR: Tan absorto, Cipriano,
me deja tu atrevimiento
que, imaginando castigos,
a ninguno me resuelvo.

Pisándole

Levántate.
FLORO: Desmayado,
es una estatua de hielo.

Sacan presa a JUSTINA

CRIADO: Aquí está, señor, Justina.
GOBERNADOR: (Verla la cara no quiero.) **Aparte**
Con ese vivo cadáver
todos sola la dejemos;
porque, cerrados los dos,
quizá mudarán de intento,
viéndose morir el uno
al otro; o sañudo y fiero,
si no adoraren mis dioses,
morirán con mil tormentos.

Vase el GOBERNADOR

LELIO: Entre el amor y el espanto
confuso voy y suspenso.

Vase LELIO

FLORO: Tanto tengo que sentir
que no sé qué es lo que siento.

Vase FLORO

JUSTINA: ¿Todos os vais sin hablarme?
Cuando yo contenta vengo
a morir, ¡aun no me dais
muerte, porque la deseo!

Yendo tras ellos, ve a CIPRIANO

Mas sin duda es mi castigo,
cerrada en este aposento,
darme muerte dilatada,
acompañada de un muerto,
pues sólo un cadáver me hace
compañía. ¡Oh tú, que al centro
de donde saliste vuelves,
dichoso tú, si te ha puesto
en este estado la fe
que adoro!

CIPRIANO: Monstruo soberbio,
¿qué aguardas que no desatas
mi vida en...?

Vela CIPRIANO, y levántase

¡Válgame el cielo!
(¿No es Justina la que miro?) **Aparte**

JUSTINA: (¿No es Cipriano el que veo?) **Aparte**

CIPRIANO: (Mas no es ella, que en el aire **Aparte**
la finge mi pensamiento.)

JUSTINA: (Mas no es él: por divertirme, **Aparte**
fantasmas me finge el viento.)

Recelándose uno de otro

CIPRIANO: Sombra de mi fantasía...

JUSTINA: Ilusión de mi deseo...

CIPRIANO: ...asombro de mis sentidos...

JUSTINA: ...horror de mis pensamientos...

CIPRIANO: ...¿qué me quieres?

JUSTINA: ...¿qué me quieres?

CIPRIANO: Ya no te llamo. ¿A qué efecto
vienes?

JUSTINA: ¿A qué efecto tú
me buscas? Ya en ti no pienso.

CIPRIANO: Yo no te busco, Justina.

JUSTINA: Ni yo a tu llamado vengo.

CIPRIANO: Pues ¿cómo estás aquí?

JUSTINA: Presa.
¿Y tú?

CIPRIANO: También estoy preso.
Pero tu virtud, Justina,
dime, ¿qué delito ha hecho?

Cóbranse los dos

JUSTINA: No es delito, pues ha sido
por el aborrecimiento
de la fe de Cristo, a quien
como a mi Dios reverencio.

CIPRIANO: Bien se lo debes, Justina;

que tienes un Dios tan bueno
que vela en defensa tuya.
Haz tú que escuche mis ruegos.
JUSTINA: Sí hará, si con fe le llamas.
CIPRIANO: Con ella le llamo; pero
aunque de él no desconfío,
mis extrañas culpas temo.
JUSTINA: Confía.
CIPRIANO: ¡Ay, qué inmensos son
mis delitos!
JUSTINA: Más inmensos
son sus favores.
CIPRIANO: ¿Habrá
para mí perdón?
JUSTINA: Es cierto.
CIPRIANO: ¿Cómo, si el alma he entregado
al demonio mismo en precio
de tu hermosura?
JUSTINA: No tiene
tantas estrellas el cielo,
tantas arenas el mar,
tantas centellas el fuego,
tantos átomos el día,
ni tantas plumas el viento,
como Él perdona pecados.
CIPRIANO: Así, Justina, creo,
y por Él daré mil vidas.
Pero la puerta han abierto

Saca FABIO a CLARÍN, MOSCÓN y LIVIA

FABIO: Entrad, que con vuestros amos
aquí habéis de quedar presos.

Vase FABIO

LIVIA: Si ellos quieren ser cristianos,
¿acá qué culpa tenemos?
MOSCÓN: Mucha; que los que servimos
harto gran delito hacemos.
CLARÍN: Huyendo del monte, vine
de un riesgo a dar a otro riesgo.

Sale un CRIADO

CRIADO: A Justina y a Ciprïano
el gobernador Aurelio
llama.
JUSTINA: ¡Dichosa seré
si es para el fin que deseo! -
No te acobardes, Ciprïano.
CIPRIANO: Fe, valor y ánimo tengo;
que si de mi esclavitud
la vida ha de ser el precio,
quien el alma dio por ti,
¿qué hará en dar por Dios el cuerpo?

JUSTINA: Que en la muerte te querría
dije; y pues a morir llego
contigo, Cipr̈iano, ya
cumplí mis ofrecimientos.

Vanse, y quedan los tres solos

MOSCÓN: ¡Qué contentos a morir
se van!
LIVIA: Mucho más contentos
los tres a vivir quedamos.
CLARÍN: No mucho; que falta un pleito
que averiguar; y aunque aquésta
no es ocasión, por si luego
no hay lugar, no será justo
que echemos a mal el tiempo.
MOSCÓN: ¿Qué pleito es ése?
CLARÍN: Yo he estado
ausente...
LIVIA: Di.
CLARÍN: ...un año entero,
y un año Moscón ha sido
sin mi intermisión tu dueño;
y a rata por cantidad,
para que iguales estemos,
otro año has de ser mía.
LIVIA: ¿Pues de mí presumes eso,
que había de hacerte ofensa?
Los días lloraba enteros
que me tocaba llorar.
MOSCÓN: Y yo soy testigo de ello;
que el día que no era mío
guardé a tu amistad respeto.
CLARÍN: Eso es falso, porque hoy
no lloraba cuando dentro
de su casa entré, y con ella
estabas tú muy de asiento.
LIVIA: No era hoy día de plegaria.
CLARÍN: Sí era, que, si bien me acuerdo,
el día que me ausenté
era mío.
LIVIA: Ése fue yerro.
MOSCÓN: Ya sé en lo que el yerro ha estado.
Éste fue año de bisiesto
y fueron pares los días.
CLARÍN: Yo me doy por satisfecho,
porque no lo ha de apurar
todo el hombre. Mas ¿qué es esto?

Suena gran ruido de tempestad, y salen TODOS, alborotados

LIVIA: La casa se viene abajo.
MOSCÓN: ¡Qué confusión! ¡Qué portento!
GOBERNADOR: Sin duda se ha desplomado
la máquina de los cielos.

Durando la tempestad

FABIO: Apenas en el cadalso
cortó el verdugo los cuellos
de Ciprïano y de Justina
cuando hizo sentimiento
toda la tierra.
LELIO: Una nube,
de cuyo abrasado seno
abortos horribles son
los relámpagos y truenos,
sobre nosotros cae.
FLORO: De ella
un disforme monstruo horrendo
en las escamadas conchas
de una sierpe sale, y, puesto
sobre el cadalso, parece
que nos llama a su silencio.

Esto se haga como mejor pareciere. El cadalso se descubrirá con las cabezas y cuerpos, y el DEMONIO en alto, sobre una sierpe

DEMONIO: Oíd, mortales, oíd
lo que me mandan los cielos
que en defensa de Justina
haga a todos manifiesto.
Yo fui quien, por disfamar
su virtud, formas fingiendo,
su casa escalé, y entré
hasta su mismo aposento;
y porque nunca padezca
su honesta fama desprecios,
a restitüir su honor
de aquesta manera vengo.
Ciprïano, que con ella
yace en feliz monumento,
fue mi esclavo; mas, borrando
con la sangre de su cuello
la cédula que me hizo,
ha dejado en blanco el lienzo;
y los dos, a mi pesar,
a las esferas subiendo
del sacro solio de Dios,
viven en mejor imperio.
Ésta es la verdad, y yo
la digo, porque Dios mesmo
me fuerza a que yo la diga,
tan poco enseñado a hacerlo.

Cae velozmente, y húndese el DEMONIO

LELIO: ¡Qué asombro!
FLORO: ¡Qué confusión!
LIVIA: ¡Qué prodigio!
MOSCÓN: ¡Qué portento!

GOBERNADOR: Todos éstos son encantos
que aqueste mágico ha hecho
en su muerte.
FLORO: Yo no sé
si los dudo o si los creo.
LELIO: A mí me admira el pensarlos.
CLARÍN: Yo solamente resuelvo
que, si él es mágico, ha sido
el mágico de los cielos.
MOSCÓN: Pues dejando en pie la duda
del bien partido amor nuestro
a el mágico prodigioso
pedid perdón de los yerros.

FIN DE LA COMEDIA